

Los Misterios
DE LONDRES.

Tomo 10 de la Coleccion.

DE FONDS

Tome 10 de la Collection.

Los Misterios

DE LÓNDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA: 1845.

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,

calle de la Lonja de la Seda.



Los Aficionados
DE LONDRES

EN VENTA EN

EN FRANCISCO MONFORT

(LONDRES)

Es propiedad del Editor.



b. 12511237

i. 24889842

VALENCIA 1882

Imprenta de D. Benito Monfort.

VIII.

La ventana de enfrente.

Los treinta y cinco bribones que habian dado el asalto á la caja Edward y C.^a permanecieron un minuto ó dos impresionados con la aparicion que habia puesto fin á su tumulto. Viva y profunda debió ser aquella impresion, porque no se atrevian siquiera á respirar, y los mas turbulentos se habian convertido en tímidos corderos. Turnbull se escondia detrás de Charlie, y este trataba en vano de ocultar

su corpulencia á la sombra de la diminuta persona de Snail. En cuanto á Bob se habia incrustado en la pared y por consiguiente no podia servir á ninguno de pantalla.

Por la parte de afuera, algunas de las tenderas de que tenemos hecho mérito, habian creído oír algun ruido parecido al de un pistoletazo. **Mistress Black** se fue á casa de **mistress Brown**, á quien condujo á la de **mistress Crubb**, y esta se reunió á ellas para visitar á **mistress Bloomberry**. En casa de esta última, **mistress Dood** atestiguó con **mistress Bull** que la calle sin nombre estaba habitada por el diablo, bajo el pseudónimo de **Edward y C.^a** **Mistress Foote** y **mistress Crosscayrn** afirmaron que la suposicion no era del todo imposible.

Se charló mucho, y todas las dudas quedaron anegadas en muchas tazas de té.

Pasados tres minutos **Snail**, que no podia estarse quieto, hizo un movimiento; **Charlie** se enderezó un poco; **Tom Turnbull** tosió con discrecion. Estaba rota la valla.

— ¡Pobre Saunie! murmuró Turnbull.

— ¡Pobre Saunie! repitió el muchacho Snail tratando de llorar:— ¡ladraba tan bien!

El tal Snail era una miniatura de vandido digno sin duda de observacion. Al parecer tendria trece años todo lo mas; pero su semblante pálido, marchito y arrugado se asemejaba ya al rostro de un anciano. Sus facciones tenian una espresion doble: tan presto respiraba la estupidez mas completa, como se iluminaban con un rayo de malicia verdaderamente diabólica. Tenia apenas la estatura de un muchacho de once años, porque sus miembros entecos, faltos de músculos y de desenvoltura, no anunciaban de ninguna manera la aproximacion de la pubertad. Como todos los muchachos, ya sean buenos ó malos, anhelaba sin cesar darse la importancia de hombre, y por lo mismo habia bajado ya muchos grados en la escala del mal, con objeto de aspirar á alguna consideracion entre los que le rodeaban.

— ¿Por qué no nos habrá dicho desde luego Mr. Stmith que Su Honor estaba

arriba? refunfuñó Charlie lanzando al cajero una mirada poco benévola: — nos hubiéramos estado quietos.

— Otra cosa hubiera sido, dijo muy bajo Bob-Lantern, si no hubiereis hecho ruido.... En cuanto á Su Honor muy lince tiene que ser el que pueda decir con anticipacion dónde estará y dónde no....

— ¿Le conoces tú, Bob? interrumpió Tom Turnbull con ardiente curiosidad.

— ¡Yo!... Queridos, la vida es cruelmente cara, y por lo tanto no me ocupo mas que de mis asuntos. Nada me importa que Mr. Smith haya despachado á Sannie como correspondia.... cosa que no puede menos de confesarse.

— ¡Pobre Sannie! repitieron algunas voces.

Y el pequeño Snail dijo con dolorosa voz: — ¡ladraba tambien!

Bob salió de su rincon, y se aproximó al cadáver examinándole por un momento, como inteligente.

— Era un muchacho fuerte, dijo en fin. Hará un modelo regular, y no dejarán de darme una guinea por él allá abajo

en la Resurreccion.... ¿Quién me ayuda á llevarlo?

— ¡Nadie se mueva! exclamó Turnbull. Este cuerpo es mio.

— ¿Y por qué, Tom?

— Porque.... Saunie era mi amigo.... respondió Turnbull, enjugando una lágrima; y debo por lo tanto utilizar en mi favor su pobre cadáver.

Este sentimental argumento fue admitido por toda la cuadrilla, y el cuerpo de Saunie adjudicado á Turnbull, su mejor amigo, para que este le vendiese en una guinea á los de la Resurreccion.

Bob se apartó del cadáver haciendo un gesto de despecho.

En este momento Nicolás, el de la librea color de fuego, entró en el escritorio sin sospechar las desgracias que habia ocasionado su tardanza. Al aspecto del cuerpo de Saunie y del enrejado hecho pedazos, no manifestó sorpresa alguna, lo que inducia á creer que estaba viendo con frecuencia cosas estrañas en los escritorios de Edward y C.^o

Entregó un saco bastante pesado á Mr.

Stmith, el cual lo vació sobre el bufete, que se cubrió de oro en el momento. Hizo treinta y seis montones de á cinco guineas cada uno, sacó de un cajon la lista en que estaban escritos los treinta y seis nombres y empezó á llamarlos por su órden. Cada vez que pronunciaba uno, se adelantaba el individuo y recibia un monton. Al nombrar á Saunie se presentaron á un tiempo Bob-Lantern y Turnbull.

— ¡Yo era su mejor amigo! dijo el último con compungido acento.

— Ya tienes el cadáver, repuso Bob alargando el brazo para tomar el oro.

— ¡Si lo tocas, te aplasto! dijo Turnbull cerrando los puños.

Los ojos de Bob lanzaron fuego, sus torcidas piernas se juntaron, y su convulsa mano acarició dentro del pecho la hoja de un puñal que no le abandonaba nunca.

Palideció Turnbull figurándose que sentia ya dentro del pecho el frio del acero.

Al momento siguiente se recobró Bob, retirándose á su sitio con firme y sosegado paso. Acababa de ver á Mr. Stmith que recogia las cinco guineas y las echaba en

el monton grande de oro sin contar, que habia en el otro extremo de la mesa.

Tambien lo vió Turnbull, y su primer impulso fue el de arrojarse sobre el cajero.... pero se contuvo.

— Si no fuera por el temor que tengo á Su Honor, que es el demonio ó alguna cosa peor, dijo gruñendo y ahogando dentro de sí su temible cólera, ya te meteria yo dentro del cráneo tus anteojos verdes; ¡miserable esclavo!

Acaso lo oyera Mr. Stmith, pero no se dió por entendido.

Al pronunciar el último nombre de la lista desapareció tambien el último montoncito de guineas.

— Ahora llevaos ese cuerpo asqueroso, y sed mas prudentes en otra ocasion, dijo Mr. Stmith señalando al cadáver de Sannie.

— Será menester un saco y alguna paja para embalarlo.... ¡pobre muchacho! exclamó Turnbull.

A una señal de Mr. Stmith, trajo Nicolás el saco y la paja, y en un abrir y cerrar de ojos quedó perfectamente em-

paquetado el cuerpo del infeliz Saunie, que cualquiera hubiera tomado por un fardo de transporte. En este estado cargóselo á las espaldas Turnbull, y saliendo á la calle tomó con él la vuelta de la Resurreccion.

Bob, Nicolás y Mr. Stmith fueron los únicos que quedaron en el escritorio.

—¿Qué haces ahí? preguntó á Bob este último.

—Esperar. Su Honor se alegrará mucho de verme.

—¿A ti?...

Echó Bob una socarrona mirada al redor del cuarto, y dijo con naturalidad:

—No veo que haya aquí nadie mas que yo, Mr. Stmith.

—¿Y, para qué puede necesitarte Su Honor?

—Quien puede saber eso Mr. Stmith.... acaso para informarse de mi familia.... lo cierto es que me espera.

—Nicolás, dijo Mr. Stmith, id á preguntar á Su Honor si gusta recibir á este bellaco.

—Nada de eso, interrumpió Bob, ni

me gustan los apodos, ni las ceremonias: preguntadle sencillamente si quiere hablar un momento con el pobre Bob-Lantern.

Un momento despues Bob subia la escalera espiral que conducia al primer piso, y limpiaba sus macizos zapatos enlodados, en las alfombras de un precioso salon. Atravesóle precedido de Nicolás; atravesó en seguida dos ó tres piezas suntuosamente amuebladas, donde tuvo ocasion de escamotar varios objetos pequeños, y hacerlos desaparecer en los vastos abismos de su bolsillo de cuero.

—Esto será para Templanza, decia cada vez que se apropiaba alguna cosa.

La última pieza en que entró, fue una especie de retrete que daba á Cornhill. Junto á una de las ventanas, cuyas espesas cortinas levantadas, dejaban penetrar el pálido sol de las mañanas de Diciembre, nuestro bello meditabundo de Temple-Church, medio tendido en una poltrona de terciopelo, fumaba en una pipa oriental con larga boquilla de ambar. Estaba pálido, desfallecido, y su postura indicaba la indolencia normal que es el resultado de

una noche de agitacion. Una faja amoratada circundaba sus grandes ojos azules, y hasta la trasparente blancura de su mano revelaba una fatigosa laxitud.

Delante de él un pequeño negro que le servia de atril, sostenia un libro abierto, á cuyas páginas el señor Edward dirigia de cuando en cuando su vista distraida.

Sobre un sillón colocado á su inmediacion habia una máscara negra, y un corto cachorrillo de cuatro cañones. La máscara ya la hemos visto; en cuanto al cachorrillo, si los salteadores hubiesen querido hacer resistencia cuando Su Honor bajó la escalera espiral, sin duda ninguna hubiéramos oido su voz en la conferencia.

Al ruido de los pasos de Bob-Lantern, el señor Edward tomó instintivamente la máscara y cubrióse precipitadamente el rostro, mas de repente la volvió á dejar junto á sí.

Adelantóse Bob doblando el cuerpo, saludando desairadamente á cada paso, y retrocediendo delante de cada florón de la alfombra que no osaba pisar. El señor Ed-

ward despidió al negro con un movimiento de cabeza.

— ¿Qué quieres? preguntó á Bob. Este asomó á sus secos y tostados labios una risita falsa.

— Si Vuestro Honor no lo lleva á mal, vengo á saludarlo y á darle cuenta de aquel negocillo que Vuestro Honor sabe.

— Yo no sé nada, respondió Mr. Edward. Trata de explicarte pronto y claro.

— Lo procuraré. Vuestro Honor.... Cómo! habeis olvidado ya á Temple-Church, y la linda limosnera?... Un lindo pimpollo de miss, por mi alma y mi conciencia!

Edward lo habia efectivamente olvidado, ó al menos tenia el pensamiento en otra parte, mas estas pocas palabras bastaron para recordarle la escena de la víspera. Fueron tan dulces y tan vivas las sensaciones que experimentó en Temple-Church que sentia un verdadero placer en traerlas á la memoria, y puso la mano sobre sus ojos para reunir con el pensamiento esas ideas fugitivas.

— Si, dijo despues de uno ó dos minu-

tos de silencio. ¡Es una niña lindísima!
 ¡Qué santo fervor habia en su actitud!
 ¡Cuánta inocencia en sus miradas! ¡Cuán-
 ta modestia en su voz! y entre todo esto
 ¡cuánto amor!

—Verdad es, apoyó Bob-Lantern, bien puede decirse que es una miss guapa del todo.

Edvard dejó caer su mano y miró á Bob-Lantern. Yo te di una comision, le dijo.

—Justo: por eso me he adelantado á venir á saludar á Su Honor.... seguí á la señorita.... á las señoritas, porque son dos.... con una especie de mozalvete, que hacen tres.... A propósito, me preguntó vuestro nombre.

—¿Quién?

—El mozalvete, y me dió un buen soberano por mi trabajo.

—¿Y se lo digiste?...

—Nada de esto, Vuestro Honor, nada de esto.... Está bien pagado, ¿no es cierto?

—¿Y dónde vive esta señorita?

—¡Ah! Vuestro Honor, en cuanto á

eso.... no tendreis necesidad de alquilar un carruage cuando vayais á visitarla ; y yo dije para mí al instante, parece que lo han dispuesto á propósito!

— ¿Pero dónde vive? interrumpió Edward con impaciencia. Bob-Lantern hizo desaparecer su obsequiosa sonrisa.

— Se puede tocar con la mano respondió: enfrente de vos, en la otra acera.

Edward, por un movimiento instintivo, volvió vivamente la cabeza siguiendo la mano de Bob que señalaba las ventanas del piso segundo de la casa de enfrente. Su movimiento fue tan rápido, que una jóven de encantadora figura que estaba medio oculta bajo una cortina levantada con precaucion, no tuvo tiempo de retirarse. Edward la dirigió una mirada que valia lo menos por tres ó cuatro declaraciones. La jóven se puso encendida, sus ojos se cerraron, — y cayó la cortina.

— Ella es, dijo Edward; no he podido ver sus cabellos; pero es ella, estoy seguro.... ¿Cómo has sabido que vive en ese piso?

— Os lo diré, respondió Bob. Yo no

puedo llamar á las puertas porque mi trage no inspira confianza.... Cuando las dos misses y su acompañante hubieron entrado ahí, me quedé en la calle, sin saber qué hacer: despues se me ocurrió una idea. Miré á lo alto: en todas las ventanas se distinguia claridad, escepto en las del cuarto segundo donde se vió luz al cabo de tres minutos.... tiempo preciso para que el boquirrubio echase yescas.

¡Cuán mágico es el efecto de la lógica!

Mr. Edward encontró sin duda incontestable el argumento, puesto que hizo un signo de cabeza aprobativo.

— Está bien, dijo; pide á Mr. Stmith que te pague.

— Yo preferiria, si os es igual, respondió Bob-Lantern con timidez, recibir lo que me deis de vuestra mano.

— ¿Por qué?

— La vida es muy cara y....

— ¿Y bien?

— Y Mr. Stmith me va á decir que ya me ha pagado una vez.

— Mr. Edward le arrojó dos soberanos y le despidió con la cabeza.

Bob-Lantern besó las monedas de oro como hacen los mendigos con la limosna que reciben.

— ¡Dios os bendiga! dijo.

Cuando se retiraba añadió:

— Cuarenta miserables schelines, cuando da billetes de 10 libras á las limosneras; esto no es justo.... Puede que el mozalvete fuera mas generoso!... Muy tentado estoy de probar....

Mr. Edward permaneció en su butaca y seguia mirando á la ventana, cuyas vidrieras estaban resguardadas por los discretos pliegues de la cortina. Llamó así todos los recuerdos de Temple-Church y procuró construir de nuevo en el pensamiento aquel delicioso palacio de mágica poesía en que se habia adormecido dulcemente la noche antes. Algunas ideas importantes venian á mezclarse á su meditacion, pero él las rechazaba y seguia saboreando con ardor las pocas gotas de mística poesía que habia dejado en el fondo de la copa; oia de nuevo y acaso con mas exactitud que cuando era una realidad, la sagrada melodía de los himnos piadosos: volvía á

ver mas angelical y hechicero que antes, entre el adorno de su luciente y negra cabellera, el semblante de aquella hermosa jóven cuya aparicion habia venido tan oportunamente á poner fin á su desvarío, cuando apoyado contra un pilar de la iglesia del Temple, entregaba su alma entera á pensamientos de religion, de amor cándido y de inocencia....

Tan embebido estaba en este sabrosísimo deleite, que no vió levantarse de nuevo la cortina que tenia enfrente y aparecer á medias por segunda vez la graciosa curva de la frente de Clary Mac Farlane. La jóven le dirigió una de aquellas miradas sostenidas y penetrantes que Stéphen Mac-Nab habia estrañado tanto la noche antes en Temple-Church. Sus ojos se fijaban con ardiente tristeza en el hermoso semblante de Edward, y parecia que no podian apartarse de él. Clary estaba todavia mas pálida que la víspera. Habia en su párpado hinchado señales de haber llorado mucho, y sus megillas ojerosas indicaban una larga noche de invierno pasada sin dormir. Sin embargo, á medida que mira-

ba á Edward, se animaba gradualmente su fisonomía; su profunda tristeza era reemplazada por una dulce melancolía, que despues se transformaba por sí misma en severo y espiritual placer.

Muy hermosa estaba Clary de esta suerte. Su alma casta, pero apasionada, se exhalaba con el fuego de sus miradas: su pecho latía con violencia; su aliento seco y abrasador, dando en el cristal, empañaba apenas su transparencia; sus labios se quedaban lívidos y se movían articulando extrañas palabras en que ninguna parte tomaba su voluntad.

Clary amaba á Edward; le amaba con aquel amor profundo, exaltado y delirante que fomentan la soledad y la pureza casi claustral de costumbres en esos generosos caracteres, cuyo ardor natural se agita en la quietud, como un licor gaseoso herméticamente cerrado. Lejos del mundo y siguiendo á tientas el sendero por donde se deslizaba su vida en la oscuridad, no tenía ocasion de gastar en cosas útiles ó frívolas el excesivo vigor producido por la abundante savia de su juventud. Todo

aquel vigor acumulado se aumentaba sin cesar y demandaba salida.

Clary y su hermana menor Ana, habian pasado su infancia en Lochmaben, cuyo principal magistrado era Mr. Mac-Farlane, su padre. Clary y Ana habian perdido á su madre en la edad en que las jóvenes necesitan mas de sus caricias y lecciones. Mr. Mac-Farlane las tuvo á su lado por dos ó tres años: posteriormente y de súbito (Clary, aunque muy niña entonces, se acordaba de esto no obstante con vaguedad), la conducta de Mr. Mac-Farlane cambió, rodeándose de un misterio desusado. Hombres desconocidos tuvieron entrada en su casa y largas y frecuentes conferencias con él: hizo en fin viages secretos, cuya direccion y motivo nadie conoció jamás.

En aquella época fue cuando pidió á mistress Mac-Nab, su hermana, á quien retenian en Lóndres relaciones de familia, que se encargase de sus dos hijas.

Cuando reflexionaba Clary en estos sucesos, no podia menos de pensar que su padre tenia deseos de desembarazarse de

su vigilancia infantil, y que para á islarse de este modo le asistirian misteriosas razones.

La madre de Stephen hacia poco que habia enviudado cuando su hermano le hizo esta peticion y se hallaba agoviada por la terrible catástrofe que la arrebatara á su esposo. Mr. Mac-Nab habia muerto asesinado. Acogió, pues, á sus sobrinas con dulzura, pero sin grandes demostraciones de cariño. Sin embargo, á medida que su dolor se iba mitigando, apreciaba mas el atractivo natural de aquellas jóvenes. Clary y Ana no se parecian nada, pero eran las dos igualmente amables y buenas. Miss Mac-Nab concibió por ellas una ternura maternal.

Siempre que Mr. Mac-Farlane venia á Lóndres (cuyas visitas no eran muy frecuentes), la escelente señora se ponía á temblar que le diera ganas de llevarse á sus hijas. No tenia, sin embargo, que temer: Mr. Mac-Nab-Farlane, llamado *el feo*, demostraba al ver á sus hijas una alegría apasionada, pero siniestra, y ni remotamente pensaba en llevárselas.

Era un hombre de extraño carácter.

El poco tiempo que permanecía en Londres lo pasaba en correrías, hechas siempre de prisa, y que esplicaba genéricamente por esta palabra que lo abraza todo, *negocios*: palabra admirable y espresamente inventada, para desconcertar todas las tentativas de la curiosidad. A cada viage nuevo, Clary y Ana observaban con sentimiento la rápida mudanza que se efectuaba en la persona de su padre. Se habia puesto viejo antes de tiempo; á los cincuenta años, su frente pálida y arrugada no conservaba ni un solo mechón de pelo.

Sus desgraciadas hijas hubieran deseado proporcionar algun consuelo á aquel dolor oculto, cuyos efectos se manifestaban tan palpablemente, pero Mr. Mac-Farlane no era amigo de que le preguntasen. Clary y Ana, rechazadas bruscamente, no insistian nunca y se limitaban á compadecer en silencio al autor de sus dias.

Stephen Mac-Nab imitaba á su madre; amaba mucho á sus primas. La muerte de su padre, que habia presenciado por casualidad, embotó al pronto sus tiernas fa-

cultades. Pero era entonces niño, y los años volvieron á desarrollar su inteligencia. Unicamente la imágen de su padre muerto y la de su ásesino, estaban grabadas en su memoria con rasgos sangrientos. El asesino, á quien no habia visto sino un momento por habersele caído la máscara que cubria su rostro, no se le presentaba bajo una forma bien distinta, pero quedaba en el fondo de sus recuerdos una circunstancia precisa y luminosa; era un hombre alto, robusto, gallardo; la caída de la máscara descubrió sus facciones en el momento de herir; entonces su negro entrecejo estaba fruncido, y dejaba ver en su alterada frente la línea blanca y temblorosa de una larga cicatriz. Stephen veia todo esto, tanto despierto como en sueños. Lo veia, y se estremecía entonces con ardientes deseos de venganza.

Stephen sin embargo nada tenia de romántico. Educado en Lóndres, ese gran centro del mundo material; habiendo pasado diez años de su vida en el colegio y universidad de Oxford, en medio de aquella turba ambiciosa, sábia, escéptica que

estudia para hacer fortuna y á la cual enseña el estudio desde luego á desechar toda poética ilusion, no pensaba en estraviarse por los senderos perdidos donde la imaginacion suele llevar á la juventud. Por otra parte, era escocés, es decir, reflexivo, prudente y fuerte. Al principio, siguiendo la inclinacion de su carácter y el ejemplo de todo lo que le rodeaba, de profesores y camaradas, se habia despojado de sus creencias y desnudado su alma de toda afeccion, pero lo que habia en él de honesto y bueno se reveló contra el vacío en que nadaba su conciencia. Volvió á ser cristiano porque era hombre sensible.

No habian contribuido poco á este resultado sus hábitos de la infancia, los consejos de su madre, y sobre todo la dulce sociedad de sus preciosas primas.

Evitado este escollo, Stephen, al salir de Oxford, fue lo que debia ser, esto es, un médico jóven, provisto de suficiente instruccion, dotado de un talento estimable y positivo, de un corazon susceptible de mucho amor, pero al abrigo de las pasiones terribles que aniquilan la existencia, é in-

capáz tambien de esos afectos sentimentales que cantan nuestros elegíacos modernos, y que á nosotros se nos figuran, en medio de la pesada atmósfera de prosa en que funcionan nuestros pulmones sofocados, una imposible y encantadora quimera.

Tenia Stephen multitud de conocidos con quienes diariamente trataba, pero solo tenia un verdadero amigo, con quien hablaba de mes en mes.

En los primeros años de su permanencia en Oxford habia contraído estas relaciones, que resistiendo á la separacion que el mundo establece entre jóvenes de diferente alcurnia, habia llegado á constituir una amistad sólida y verdadera. Stephen y su antiguo compañero de infancia se amaban tanto mas acaso, cuanto que todo en ellos era distinto, casi opuesto: en efecto, el uno era hijo de plebeyos honrados, mientras que el otro pertenecia á la mas alta nobleza de Inglaterra. Este, activo, enérgico y novelesco, cifraba todo su porvenir en un amor elevado á la esfera de un culto, y contrastaba con el médico, cuyo carácter no carecia de firmeza, ni su cora-

zon del valor comun á todo hombre galante, pero que no llevaba nada hasta el último extremo ni podia tener especie alguna de pretension al título de héroe.

El amigo de Stephen Mac-Nab era Frank Perceval.

La víspera fue un gran dia para Stephen, pues habia elegido entre sus dos primas á quienes hasta entonces creyó amar con igual afecto. Su cariño, que á falta de obstáculos habia permanecido amortiguado, acababa de despertarse con una especie de sacudimiento. Aquel amor reconocido de súbito, mudaba un poco las condiciones de su existencia. Stephen se habia vuelto pensativo desde la escena de Temple-Church: durante toda la noche habia estado suspirando como un apasionado trovador, y sintiendo aquella languidez que infunde el primer amor en el alma menos sensible: tenia celos además, y esta pasion es la mas adecuada para ablandar el pecho de los mas fanfarrones.

Así es que habia entrado en casa de su madre en un estado de profunda tristeza. Estaba convidado aquella noche á un baile

de la alta sociedad, al baile de lord James Trevor. A la verdad, una invitacion de esta clase es cosa muy atractiva para un hombre de la edad de Stephen, y sobre todo cuando debe darle acceso en una region nueva y desconocida hasta entonces. Nacido nuestro *esculapio* en la frontera de Escocia y condado de Dumfries, donde poseia lord Trevor magnificas posesiones, recogia ahora el aprecio general que su padre habia disfrutado en otro tiempo.

La clientela del lord, además de lisongear á Stephen en extremo, le daba naturalmente entrada en la casa, y por consecuencia se le habia dirigido la carta de invitacion que le trajo muy ocupado por espacio de ocho dias. Sin embargo, dada la hora en que era necesario ponerse el frac negro y el zapato de baile, Stephen permaneció caviloso en su butaca, situada frente á la chimenea casi apagada.

A las diez llamó suavemente á su puerta mistress Mac-Nab.

— ¿Qué haces hijo, no te vas?

— Medio año de mi existencia hubiera

dado por una de aquellas miradas! contestó con calor.

Esta respuesta nos puede dar la clave de las ideas de Stephen. En efecto, pensaba en Clary, y en aquel detestable desconocido de Temple-Church, tan elegante, tan rico, tan altanero....

—¿No haces ánimo de ir al baile? preguntó otra vez la buena madre.

—¿Para qué? exclamó Stephen, ¿qué voy yo á hacer en medio de esa nobleza orgullosa que se reirá de mí, ó no me hará caso?... ¡Yo detesto á los nobles, madre mia!

Y añadió para sí:

—Estoy seguro de que aquel vanidoso donador de billetes de banco, es por lo menos un conde.

—¡Ah! Stephen, dijo mistress Mac-Nab en tono de reconvencion, te olvidas de que tu pobre padre merecia la estimacion de todos los caballeros de nuestro condado.... su estimacion y su amistad, añadió con un ligero movimiento de orgullo.—Nuestra familia no es noble, pero vale mas que la clase media de Lón-

dres, porque la sangre de Mac-Nab....

— Va!!! qué importa todo esto madre!
interrumpió Stephen con impaciencia.

— Mistriss Mac-Nab lo miró atónita.

— ¡De qué modo me hablas esta noche, hijo mio! le dijo, precisamente tienes alguna cosa.... En cuanto al baile, tú harás lo que quieras. No habia venido á hablarte solamente de esto, te traia una carta.... pero acaso no tendrás placer en leerla, porque es, segun creo, de un caballero noble.

— ¡De Frank! exclamó con viveza Stephen, cuya fisonomía tomó un aspecto sereno.

— Yo conozco ya su letra; hijo mio, porque sus cartas suelen causarte mucho gozo.

Stephen dió un beso á su madre, como pidiéndola perdon por el momento de mal humor que habia tenido.

— Llega hoy! dijo despues de leer las primeras líneas: ya debe estar en Londres!... ¡Pobre Frank!... ¡él tambien va á ser muy desgraciado!...

— ¡El tambien! repitió mistriss Mac-

Nab. ¿Pues eres tú desgraciado Stephen?

Este se esforzó en sonreír, y la buena madre; algo tranquilizada, dejó á su hijo para irse á descansar.

Apenas habia salido cuando se oyeron á la puerta dos golpecitos, y una dulce voz de muger, pasando por el agujero de la llave, dejó oír estas palabras pronunciadas con timidez:

—Gracias primo.

Oyóse despues un paso ligero que apenas tocaba en la escalera que conducía á las habitaciones superiores.

Conviene saber que la linda Ana habia empleado toda su elocuencia, durante los ocho dias anteriores, para convencer á Stephen que no fuese al baile de Trevor House. Tambien ella tenia sus inocentes celos. Comprendia con vaguedad cuantas seducciones irresistibles deben rodear á una dama del gran mundo; su instinto de muger adivinaba la fascinacion que se apodera de un jóven en medio de aquellos ardientes salones en que se cruzan las sonrisas por una atmósfera embalsamada, en que las miradas se buscan, se provocan,

se interrogan, se responden.... y ella temia mucho, porque la pobre niña amaba á Stephen cuanto podia.

Este último aplicó bruscamente el oído inclinando su cabeza hácia la puerta.

— ¡ Es la voz de Ana! murmuró despues de un momento de silencio: es su modo de andar. ¡ Pobre niña!... ¡ Ah! no vendrá Clary, no! ¿ qué le importa que yo vaya ó no vaya al baile?... Dejó caer su cabeza entre las manos.

— ¡ Cuán bella estaba, Dios mio! continuó, ¡ y cuán orgulloso me hubiera puesto aquella mirada! ¡ Oh! yo la amo desde que temo no ser amado.... ¿ Pero quién es ese hombre? añadía con ímpetu repentino;— ¿ en dónde le ha podido conocer? Sí; no hay duda, á él era á quien miraba! y siendo á él, que nos es extraño, que jamás ha entrado en la casa de mi madre, ¡ qué no puede temerse!...

III.

El centro de una tela de araña.

EL pensamiento que acababa de ocupar la imaginación de Stephen Mac-Nab lo había casi trastornado, porque su carácter era de los que son fáciles en sospechar, y si conciben desconfianza, no la abandonan tan pronto. Aquella noche, sin embargo, la primera centella de amor que agitaba su alma daba otro giro á sus ideas: suspiraba como un tomo entero de Richardson, ó como un lector endurecido de

miss María Porter; mas como los suspiros debilitan por lo comun las sospechas, así como los primeros vientos derriten los yelos de los prados; exclamó despues de algunos instantes de silencio:

— ¡Estoy loco! ¡ella es tan pura como los ángeles, á quienes es igual en belleza!... ¡Ah! ¡cuánto sufro!... Preciso es ver al pobre Frank, porque lloraremos juntos si no nos podemos mutuamente consolar.

Mas de un año hacia que Stephen no habia visto á Frank, y la última vez que se vieron fue por corto tiempo, y frívola su conversacion, porque ambos eran entonces felices, y no tenian cuidados. Ultimamente habia llegado á oidos de Stephen, por casualidad, parte de los rumores que corrian acerca de miss Mary Trevor, y sabia que en las tertulias mejor informadas se hablaba de su próximo enlace con el célebre marqués de Rio-Santo como de cosa segura y casi concluida, que fue la circunstancia á que aludió en su conversacion con mistriss Mac-Nab.

Stephen, pues, y Frank se encontraban

en la situación que hace mas apreciable la amistad, y doblemente precisos los mútuos desahogos, y así es que Stephen deseaba con ansiedad el dia inmediato, y el placer que le causaba la idea de volver á ver á Frank, mitigaba en parte sus penas. No fue por lo tanto al baile de Trevor-House, y al dia siguiente se levantó, aunque triste todavía, mas tranquilo, porque á los caracteres positivos que no tratan de estimular el dolor de sus penas, que no se complacen con sus dolores, y solo buscan consuelos, nunca les faltan recursos.

Como quiera que fuese, Stephen habia pasado con desasosiego la primera noche del martirio del amor, y ningun deseo tenia de que se repitiese, proponiéndose terminar muy pronto su incertidumbre y sus dudas, pidiendo una esplicacion á Clary Mac-Farlane. Esto es lo que se llama caminar derecho al fin, sistema de sencilla lógica, que si lo adoptaran todos los enamorados, ninguna novela alcanzaria al fin del primer tomo, lo cual seria una calamidad para el público.

Durante el desayuno de la familia, estu-

vo Clary distraida, y como preocupada con tiránicos pensamientos; y aunque no dejó Stephen de advertirlo, se contuvo y decidió esperar los consejos de Frank para dar el golpe decisivo. Ana estaba por el contrario alegre, y procuraba manifestar á su primo, que no paraba en ello la atencion, su viva gratitud y reconocimiento, porque la cándida niña habia firmemente creído que Stephen se habia privado de ir al baile por el amor que le profesaba, y no sabia disimular su contento.

Aun no concluido el desayuno, y humeando todavía el té sobre la mesa, desapareció Clary, sin que sea difícil adivinar el objeto de su repentina marcha. Todos los días iba á situarse detrás de la cortina, que á medio descorrer le permitia penetrar con la vista en el salon de la casa cuadrada, al otro lado de Cornhill, y aunque las mas veces iba en valde, porque Edward iba poco á su despacho, y cuando iba se detenía en él cortos instantes, no se cansaba, sin embargo, de reiterar su observacion, y á fe que este dia vió lo que deseaba.

«No intentaremos describir las hondas y

multiplicadas impresiones que se sucedieron en el ánimo de la jóven durante su muda contemplacion: en aquel sitio habia visto á Edward por la vez primera, allí iba diariamente á esperarlo, y allí era donde sufría, donde era feliz, y donde habia aprendido á amar.... Allí, pues, permanecia absorta, sin reparar en el tiempo que trascurría; mas cuando observó que Edward, advertido por una seña de Bob-Lantern, dirigió su vista hácia ella, una dulce y profunda emocion se apoderó de su alma. Le dió frio, se le doblaron las rodillas, y su sangre inflamada fluyó ardiente hasta sus mejillas, que se cubrieron de púrpura, y su trémula mano dejó caer la cortina.

Así permaneció largo tiempo conmovida y avergonzada detrás de aquel débil velo de muselina que la protegía contra la fascinacion que empezaba á experimentar, y sintiéndose al mismo tiempo feliz. Grandes deseos tenia de volver á descorder la cortina, pero la contenian el miedo y el pudor, remordiéndole la idea de haberla levantado antes. La voz de su tímida

devocion le gritaba por un oido: ¡defiéndete!... ¡Pobre niña!... y al mismo tiempo le hablaba por el otro el amor poderoso, elocuente, irresistible, y aunque no sabemos qué le decia, porque hablaba muy bajo, su encantadora voz confundia la amenazadora voz de la conciencia.

Alargó Clary con timidez su blanca y torneada mano, la retiró en seguida, y volvió á estenderla despues, hasta que por fin se levantó la cortina, aunque muy poco, pero esto bastó, porque dudo volver á ver al hombre que ocupaba su pensamiento. Edward con la vista distraida, y sin ningun objeto fijo, no miraba ya á la ventana, y Clary perdiendo algun tanto el miedo pudo volver á tomar su anterior posicion; mas á muy pocos instantes acaeció lo que debia haber previsto, y lo que tal vez deseaba: concluida la distraccion de Edward, su vista se fijó naturalmente en la ventana.

Entonces, ¡ah! bien podemos asegurar que tuvo intencion Clary de volverse á ocultar, con cuyo objeto tiró fuertemente de la cortina, pero algun ligero obstáculo,

un alfiler olvidado tal vez, no la dejó correr, y quedó la jóven descubierta frente á frente del hermoso mancebo que la contemplaba con pasion.

Clary! gritó desde adentro la voz de mistriss Mac-Nab. Pero Clary no oia, porque Edward con sus miradas le espresaba palabras fascinadoras, y le decia sin hablar, mas tiernamente que lo hubiera podido hacer su voz:—yo os amo!

Clary! gritó tambien Stephen á su vez; pero Clary seguia sin oir: trastornada su cabeza, su corazon se lanzaba en aquel momento hácia Edward, que en ademan suplicante parecia implorar su piedad. Dos lágrimas brotaron entonces de los párpados de la jóven, y abrasaron sus megillas, y exclamó entre dientes:—¡me ama, Dios mio! Edward que conoció su triunfo, llevó á su boca sus dedos unidos y le envió un beso, mas Clary esta vez ofendida, sin que el alfiler sirviese de obstáculo para detener la cortina, la corrió al momento.

En el mismo instante se abrieron estrepitosamente las dos puertas por donde se entraba á su habitacion, y mistriss Mac-

Nab y Stephen entraron gritando á un mismo tiempo:—Clary! Clary! Esta tembló como nuestra madre Eva, sorprendida por el padre Eterno.

—¿Qué haces ahí, hija mia? le preguntó mistriss Mac-Nab con dulzura, cinco minutos hace que te estoy llamando.

—¿Hay ahí acaso algo tan interesante, mistriss Clary, dijo Stephen con severidad, que no os ha dejado oír mi voz, ni la de mi madre?...

La jóven turbada no acertó á responder, y Stephen dominado por sus celosas sospechas, se dirigió á la ventana en actitud de descorrer la cortina. Clary lo quiso detener con un ademan suplicante, pero sin hacer él caso de su muda súplica, la describió rápidamente. Las miradas de los tres se clavaron á un tiempo en la fachada de enfrente, pero nadie habia en las ventanas del primer piso de la casa cuadrada, y todas las cortinas de seda de las vidrieras estaban corridas. Entonces respiró Clary con libertad, Stephen sofocó una exclamacion de rabia, y en cuanto á mistriss Mac-

Nab, nada de esto podia alterar su natural tranquilidad.

Edward se habia retirado así que se ocultó Clary con la cortina, y levantándose despues como un hombre á quien empieza á fastidiar el juego, tiró del cordon de una campanilla, á cuyo sonido apareció el negro.

— Anda, y llama en la campana chinesca del salon del centro, le dijo.

— ¿Cuántos golpes, señor?

— Cinco.

El negro salió por otra puerta diferente de la que habia dado entrada á Bob-Lantern, y á pocos segundos se oyeron cinco golpes sordos y prolongados en la direccion que habia tomado aquel, la cual siguió tambien Mr. Edward, entrando en un salon de forma redonda, que era fácil conocer ocupaba el centro de la casa cuadrada, el cual no tenia ventanas, hallándose alumbrado por una araña á aquella hora del mediodia. Tenia en su lugar seis puertas, de las cuales daban cinco á otras tantas escaleras de caracol, y la sexta era por donde habia entrado Mr. Edward.

A su llegada vibraban aun por los artesonados los sonoros sonidos de la campana chinesca, y el salon se hallaba completamente solo, con una gran estufa que lo templaba, y cinco sillas colocadas á su alrededor. Dejóse caer Mr. Edward con abandono en una de brazos, y casi en el mismo momento se abrieron las cinco puertas. Por las dos primeras, situadas al lado de Cornhill, aparecieron una dama ricamente vestida, y un caballero muy elegante: por la tercera que miraba hácia Finch-Lane entró un señor bien portado, con trazas de comerciante, y de finos modales: por la cuarta se introdujo un hombre de pequeña estatura, flaco y amarillo, cuyo vestido raído no podia apenas resistir al contacto de sus descarnados huesos; y por la quinta, por último, entró Mr. Smith, armado con sus anteojos verdes, y su ancha visera.

La dama venia de los suntuosos almacenes de modas de Cornhill, de que era dueña y soberana bajo el nombre de mistriss Bertran, y el caballero elegante era su vecino el joyero Mr. Falkstone. El señor

bien portado era Mr. Walter que tenia tienda de cambista en Finch-Lane, y el cuarto, en fin, era el viejo procurador arruinado Peter Patrice, que tenia una tienda de prendero tambien en Finch-Lane, junto al cambista.

De estas cinco personas solo mistriss Bertran y Peter Patrice mostraban sus caras tales como se las habia dado la naturaleza, lo cual no favorecia mucho al viejo procurador, cuyo feo rostro era el de un usurero astuto y sin vergüenza, pero si á mistriss Bertran que todavia conservaba algunos restos de belleza, aunque habia ya traspasado mucho tiempo habia los límites de la juventud. Los otros tres llevaban la clase de máscara que permiten nuestras civilizaciones; Mr. Stmith llevaba su visera: Mr. Walter el cambista llevaba como el otro gafas verdes, y una peluca negra por añadidura, que formaba algun contraste con los pelos blancos de la parte de la megilla, adonde no llegaba la navaja; y Mr. Falkstone, el elegante joyero, tenia por el contrario un cierto viso azulado en la megilla, que no le estorbaba

lucir un lindo bigote rubio, y cabellos del mismo color magníficamente rizados.

Todo esto, sin embargo, podia ser muy natural y sencillo, porque Mr. Stmith debia tener la vista débil; Mr. Walter se habia tal vez aficionado al pelo negro, leyendo á Byron, y por lo que á Mr. Falkstone hace, y á su fingida cabellera, podremos decir, que todos los peluqueros de Lóndres tendrian que abandonar su oficio, sino fuese moda entre los jóvenes petimetres del comercio teñirse el pelo y bigotes. Mas sea de esto lo que fuere, nuestros cinco personages se dirigieron respetuosamente á Mr. Edward, saludándolo con atencion, y este dió la mano á mistriss Bertran, y devolvió á los otros su saludo con una inclinacion de cabeza. Mistriss Bertran se sentó en seguida, permaneciendo en pie los demás, hasta que un benévolo ademan de Edward los autorizó para hacer lo mismo.

¡ Ah! si mistriss Brown, mistriss Black ó mistriss Crubb hubiesen podido aplicar su vista al agujero de una cerradura, con cuán desentonados gritos hubieran llama-

do á mistriss Dodd y á mistriss Bull! ¡cuánto hubieran tenido que contar á mistriss Foote! cómo habrían aguijado la envidia de mistriss Crosscairn, y hasta de mistriss Bloomberry!

Reinó por algunos minutos un profundo silencio en aquel misterioso cóncave, porque Mr. Edward arrellanado en su sillón parecía que olvidaba la presencia de sus huéspedes, y estos aguardaban callando, hasta que aquel, al fin, echando mano al bolsillo y sacando un magnífico reloj guarnecido de brillantes, dijo:

— Las doce y media, ¿voy bien, Falkstone?

— Exactamente, señor.

Peter Patrice sacó un reloj grande de plata, una especie de calentador, y lo puso por el de Mr. Edward.

— Sí voy bien, añadió este, poco me puedo detener.... vamos desde luego al asunto: necesito diez mil libras.

— ¡Diez mil libras! repitió Peter Patrice, cerrando convulsivamente su calentador.

— ¡Diez mil libras! repitieron á una el

cambista, el joyero, Mr. Smith y mistriss Bertran.

— Esta misma noche, repuso friamente Mr. Edward, y todas aquellas cabezas se inclinaron á la vez.

— ¿Me las podeis proporcionar ahora mismo, Mr. Walter? siguió diciendo Edward.

— Bien puedo, señor, pero....

— ¿Pero qué?

— En la moneda que sabeis.

— No me acomoda.... ¿Y vos, Falkstone?

— Están muy malos los negocios, señor.

— ¿Y vos Fanny? repuso con impaciencia Edward, dirigiéndose á mistriss Bertran.

— Mi caja toda está á vuestra disposicion, contestó la bella comercianta, pero difícil será que haya en ella esa suma.

— Tomaré lo que haya, Fanny.... sois una jóven muy amable.... ¿y vos, Patrice?

— Diré á V. S., contestó el viejo procurador: le diré sin circunloquios ni rodeos lo mismo que mi respetable vecino

Mr. Falkstone: los negocios están muy decaídos y malísimos, y aun puedo añadir que no se hace nada absolutamente.

—Y por conclusion, maese Patrice?

El viejo Peter abrió la boca tres veces antes de pronunciar las siguientes palabras:

—Mi caja, tal como está, y bien sabe Dios que nada tiene de opulenta; pero en fin, tal como se halla, está á disposicion de Vuestro Honor.

Mr. Edward reflexionó un instante, y dijo en seguida: en cuanto á vos, Smith, sé lo que teneis.... Por vida mia, señores, que pareceis dormidos.... Cada vez que os pido una bagatela....

—¡Diez mil libras! dijo Peter suspirando.

—Nunca acabais con vuestras lamentaciones, siguió diciendo Edward. ¡Esto es insufrible!... ¿os faltan géneros? ¿no teneis una parte considerable en ellos? ¿os incomoda acaso la policia? ¿no acuden á vuestras tiendas todos los elegantes de Londres? ¿y á quién se lo debeis todo sino á mi? Géneros, seguridad, venta, yo os lo

procuro todo, y ahora parece que titubeais en servirme.

—No lo permita Dios! dijo Falkstone.

—Bien sabeis, señor, que toda soy vuestra, murmuró mistriss Bertran.

—De vos lo creo Fanny, y os lo agradezco.... pero estos señores....

—Todos estamos conformes, le interrumpió Falkstone.

—Yo lo estoy, dijo Peter Practice, añadiendo entre dientes:—pero protesto en debida forma, y declaro que lo hago *tamquam coactus*, y no de otro modo, por lo que protesto bajo todas reservas.

—En hora buena, repuso Edward poniéndose en pie, cuento con vds. para esta noche, como vds. pueden contar conmigo sin el menor recelo, pues todo lo arrostraré en su favor. A Dios, Fanny.

Mistriss Bertran se fue por la puerta por donde habia entrado, que daba á una de las tiendas del piso bajo; pues la quinta tenia comunicacion con el escritorio de Edward y C.^a

—¿Teneis algo que decirme, Falkstone? preguntó Edward.

— ¿Y vuestro negocio de esta noche?... contestó el joyero riéndose.

— Como siempre, amigo, como siempre.... ¡Pero no nos inquietará mucho!

— Tanto mejor.... ¿á quién he de entregar mi contingente del dinero?

— A mistriss Bertran, como otras veces. Falkstone le hizo una cortesía, y se fue.

— Malas nuevas, señor, dijo el cambista Walter así que quedó solo con Stmith y Edward, ayer no me han querido tomar tres de nuestros billetes de banco, y empiezan á esparcirse por la ciudad rumores alarmantes.

— ¿Pues qué se dice?

— Nada positivo, pero todos empiezan á desconfiar, y nadie recibe un miserab billete de cinco libras, sin mirarlo y remirarlo cien veces.

— Nada temas, amigo Walter, dijo Edward sonriéndose, dentro de poco te daré yo billetes que nadie rehusará. A Dios.

El cambista, hombre comedido, atravesó pausadamente el salon, y salió por la puerta que daba á la escalera de su tienda.

Stmith entonces dió una vuelta al rededor con sumo cuidado para ver si quedaba alguno que los pudiese escuchar, y asegurado de que no, volvió adonde estaba Edward.

—Amigo Stmith, le dijo este, es preciso tener mas prudencia en lo sucesivo, y no hacer uso de la pistola sino en el último caso, porque es un arma que alborota mucho, y aquí no estamos en nuestro paraiso de Teviot-Dale.... Pero no hablemos mas de ello, porque yo mismo vi lo apuradillo que estabas.... Con que vamos, nuestros hombres no seguirán negándose á tomar los billetes?

—Eso será segun, contestó Mr. Stmith, nuestros proveedores (y recalcó mucho esta palabra sonriéndose) lo toman todo sin desconfianza, pero vuestros antiguos guardias de corps del pais solo quieren oro.... son una canalla insufrible.

—Por tales los tengo yo.... Dime, ¿y el asunto de la calle del Príncipe? (calle en que está situado el Banco).

—Esta mañana estuve allí: Paddy no deja vivir al gigante, lo atraca de carne y



ginebra, y le hace trabajar mas de lo que podrian cuatro hombres robustos, pero se cansa, se fatiga....

—Muy largo va eso, dijo Edward suspirando de despecho.

—La calle del Príncipe tiene 40 pies de ancho! replicó Stmith, y nuestro elefante caba á veinte de profundidad.... con ocho dias mas tal vez reviente como un buey, pero quedará hecha la mina.

—Dios te oiga, buen Stmith, entonces será una verdad tu caja.

En seguida se levantó Mr. Edward de su sillón, y metiendo sus blancas manos en un par de perfumados guantes, dijo:

—A Dios: ten cuidado de que se haga esta noche lo de ese viejo Practice.... Cada vez que se piden mil guineas, ó cosa semejante, se le parte el corazón.

Dicho esto subió por la escalera que daba á la tienda del joyero Falkstone, y se detuvo en ella un corto rato como para escoger algunas joyas, y saliendo despues como quien ha concluido sus compras, subió en un sobervio coche, tirado por dos caballos, que no tendrian quizás igua-

les en **Lóndres**, ni aun en las magníficas
 cuadras del marqués de **Rio-Santo**. Ape-
 nas recostado en sus muelles cogines,
 partió el carruage á galope, conmoviendo
 el pavimento en direcccion de los elegantes
 sitios del **West-End**.



Hechos y hazañas de Bob-Lantern.

 sí que salió Bob-Lantern de la casa de Edward y C.^a, empezó á jugar sus codos y talones por las resbaladizas aceras de Cheapside hácia el barrio de san Gil, dando fuertes empellones á los niños y muchachos, y poniendo sus codos en el pecho á las mugeres, pero ladeándose para escurrirse lo mejor que podia, si le obstruia el paso cualquiera persona decente, porque tal es la costumbre de la gente del pueblo

de Londres. Corria, pues, arrimado á las paredes, y penetraba por entre la niebla con una agilidad tal, que no parecia propia de sus desproporcionadas formas, ni de la ordinaria apatía de sus movimientos. En poco tiempo franqueó el espacio que media entre Cornbill y el cenagoso laberinto llamado san Gil, y entró corriendo por una callejuela tortuosa y estrecha, en que la atmósfera era pesada, y tan espesa y densa la niebla, que apenas se podia ver á dos pasos de distancia, aunque se estaba á la mitad del dia.

En ella empujó una puerta, cuyos apollados tableros que se caian á pedazos, aseguraban grapas de hierro cubiertas de orin, y entró en una casa, que como casi todas las de aquel asqueroso barrio, constaba de un solo piso. No habitaba Bob-Lantern en el cuarto bajo, y menos es de suponer que fuese en el principal, y así es que tomó desde luego la escalera del sótano, en la cual, á medida que iba bajando respiraba una atmósfera pesada y caliente, y mil fétidos miasmas impregnaban sus pulmones, en términos que cualquiera otro

se hubiera tal vez asfigiado, pero Bob respiraba aquellas exhalaciones con el mismo placer que aspiran los caballos el deseado olor de su establo. Respiró con fuerza como satisfecho, requirió sus bolsillos para cerciorarse de que su caudal habia escapado de los peligros del viage, y levantando el picaporte de una puerta arqueada que daba paso á una especie de cueva, donde habia un calor de 50 grados, gracias á una estufa llena de carbon de piedra, dijo al entrar:

—¿Qué diablos es esto Templanza! necesitais mas fuego que un condenado.

Nadie contestó, y sola la estufa enrojecida con una gran cantidad de lumbre hacia un ruido semejante á los fuelles de una fragua.

—¡Templanza! volvió á repetir Bob-Lantern, ¡Templanza! hija de Satanás, ¿me querrás responder?

Un ronquido humano se mezcló entonces al ruido de la estufa, y una voz cascada pronunció estas palabras con la torpeza natural de un soñoliento.

—Otro vaso, mistris Goose, que la gi-

nebra es buena, y el viejo Bob paga.

Lantern se lanzó como un tigre hácia la parte de la caverna, de donde habia salido la voz, y quedó por un momento oculto en la profunda oscuridad de los sitios adonde no llegaba el rojo resplandor de la estufa, mas á muy poco volvió á parecer arastrando tras de sí un objeto inerte, una especie de fardo macizo de considerable volúmen, que dejó caer junto á la estufa, donde se quedó inmóvil.

— ¡Está borracha como una cuba! exclamó colérico: ¡Templanza! ¡bruja maldita! ¡Templanza!

Este era el nombre del bulto, que permaneció sin dar de sí el menor acuerdo.

— Lléveme el diablo, repuso Bob, si esta muger puede quedarse aquí. Yo la despertaré, ó he de poder poco.

Y diciendo y haciendo cogió las tenazas hechas ascua, y las arrimó á las narices de Templanza, que se puso en pie de un brinco tambalcándose. Era esta una muger alta y fornida, de unos cuarenta años, cuyo encendido color y ensangrentados ojos denotaban su pasion favorita.

—¡Tengo sed! dijo con voz ronca fijando en Bob su estúpida vista.

—¡Ah! ¡tienes sed, grandísima borra-
cha! repuso Bob blandiendo las tenazas.
¡Con que tienes sed!... mientras yo estoy
todo el día trabajando para ganar algunos
miserables cuartos, tú bebes, te emborra-
chas, y tienes sed.... Mal rayo te parta,
amen.... algún día te he de estampar los
sesos contra esa pared.

A pesar de la brutal energía de estas
amenazas, se traslucía cierta especie de
ternura en la voz de Bob.

—Por Dios, mi buen Bob, dijo la po-
bre muger; por un vaso mas ó menos....
mira, se me abrasa la garganta....

—Sí, el estómago lleno de ginebra, y
la estufa de carbon.... ¿Crees acaso que
soy tan rico que pueda soportar este des-
pilfarro, muger de Barrabás?

Templanza entretanto habia dado ma-
quinalmente vuelta á la estufa, y acercá-
dose á una mesa donde habia un jarro y
un vaso que habian tenido ginebra, pero
vacío uno y otro.

—¡Ni una gota siquiera! exclamó con

despecho. Amado Bob, ¿no tienes en el bolsillo alguna media corona con que complacer á tu mugercita!

— ¡Media corona! ¡muger del demonio! Ese es el jornal de un hombre en ocho horas de trabajo; tú has de conseguir arruinarme....

— ¡Tengo sed! volvió á decir Templanza, que se empezaba á dormir acurrucada detrás de la estufa.

— Y es preciso echarla fuera de todos modos, dijo Bob entre dientes; porque si ella supiera.... Muger, añadió en voz alta, que el diablo me lleve si te sé negar nada.... Toma seis peniques, y vete á beber.

— ¡Seis peniques!... mi querido Bob, dame otros seis mas....

Lantern frunció sus pardas cejas, y enarboló las tenazas con amenazante actitud, y Templanza, á quien la idea de apurar dos ó tres vasos de ginebra prestaba vigor, se escurrió por la escalera cantando, siguiéndola aquel despacio hasta que la vió salir por la puerta de la calle que cerró y aseguró por dentro. Hecho esto se

volvió á su covacha, cuya puerta atrancó tambien cuidadosamente.

—Es posible, dijo entre dientes mientras encendia un candil en el fuego de la estufa, que una perla como esta muger tenga gustos tan caros!... ¡Cinco pies y seis pulgadas!... ¡y semejantes colores!... Por vida mia que aunque se buscara en todo el barrio de san Gil y de Holborn.... y aunque fuese en el de Cheapside.... y en el de Cornhill.... ¡voto á brios! y en el de Whitechapel.... que el diablo me lleve si se podia encontrar otra semejante.... que me parta un rayo si muchos lores no la quisieran por lady... Pero á propósito de lores: mi espedicion de anoche podrá servir para dos cosas.... aquella linda pordiosera es la muchacha mas guapa... (menos para mí: yo prefiero las mugeres muy altas); pero para los señores que desean presentarse con jovencitas.... ¡cinco pies!

En seguida se encogió de hombros dirigiéndose hácia uno de los ángulos del sótano, y continuó diciendo:

—De suerte que el conde White-Ma-

nor tragará sin duda el anzuelo.... serán unas cincuenta guineas, poco mas ó menos, lo que me va á valer esta paloma meto- dista.... acaso algo mas.... y no vendrán mal, porque cuesta tanto la vida, y Tem- planza es capaz de beberse el Támesis.... pero es preciso convenir en que tiene buenas cualidades.

Echadas estas cuentas, tanteó con el dedo una de las piedras de la pared, que cedió á su empuje, y añadió:

— ¡Y cinco pies y seis pulgadas! ¡y un poquito mas!...

La piedra separada de su asiento, se la- deó y vino al suelo descubriendo un hondo y ancho hueco, en el que clavó la vista Lantern dejando de hablar, y viéndose brillar sus ojos de alegría por entre el crespo pelo de sus cejas. Colgó en seguida el candil, fue á escuchar en la puerta, y de dos brincos volvió al agujero, en el que metió con la mayor ansia ambas manos, estremeciéndose su cuerpo todo con el so- nido que produjo un monton de oro que movió. Alumbrado su rostro de perfil en- tonces, daba muestras de un placer llegado

á su colmo; movió primero el oro suavemente como se acaricia un objeto amado, y en seguida encogidos sus dedos, pronunció palabras inconexas, y parecia querer unas veces amasar aquel tesoro, y otras cogia puñados que dejaba caer con estrépito.

No es posible decir con exactitud la suma contenida en aquella singular caja, pero el hueco era grande, y los brazos de Lantern se sepultaban alguna vez en el oro hasta los codos. Cuando ya, por último, acabó de gozarse con la vista y contacto de su tesoro, sacó del bolsillo los siete soberanos que habia traído de casa de Edward y C.^a y los echó con los demás, exclamando:

—¡Pobrecitos míos! que abrigados estabais en mi bolsillo.... pero descuidad que yo volveré á veros, y os traeré, con la ayuda de Dios, otros que os acompañen.

Volvió otra vez á mirar y tocar su tesoro como si le costara trabajo separarse de él, y al cabo de un rato de vacilacion colocó la piedra en su sitio con tal exactitud, que ni aun sabiéndolo, era fácil distinguirla de las demás de la pared.

—Templanza, dijo entonces, no es lerdá cuando no está borracha, pero lo está siempre, y yo soy mas fino que ella.... Además, añadió mientras franqueaba la puerta, ¿no es por ella por quien yo trabajo?

Algunos minutos despues subia Bob el último escalon de la escalera y volvía á ver la luz, es decir, la densa niebla que cubria la callejuela, en la que, á algunos pasos y en una inmunda taberna, vió á su compañera Templanza dormida con la cabeza apoyada en una mesa.

—¡Qué dolor! dijo con pesadumbre; una muger de cinco pies y seis pulgadas!

Eran ya cerca de las dos de la tarde y emprendió su caminata deslizándose pegado á la pared de las aceras con suma rapidéz, hasta que una vez fuera del barrio de san Gil, las abandonó y entró en la calle de Oxford corriendo por medio del fango y salpicando los carruages. Su carrera terminó en Portman-Square delante de una gran casa de suntuoso aspecto, con su verja delante de la fachada, entre la cual y la casa, á los dos costados del pórtico, habia un enjambre de lacayos y cria-

dos ociosos hablando y riendo. Al poner Bob el pie en el primer escalon de la escalinata, un aprendiz de jockey que podria pesar quince kilógramos, exclamó:

—¿Qué querrá ese perillan?

—¿Acaso no me conoceis, señorito Tulipp? contestó Bob.

—¡Algun mendigo!...

—¡A fe mia que no! replicó Bob con cierto orgullo, añadiendo para sí:—Yo solo mendigo de noche ¡hombrecillo ruin!.. y continuando en alta voz, dijo:—Soy vuestro humilde servidor Bob-Lantern, señorito.

¡Verdad es! dijeron á un tiempo dos ó tres lacayos; ¡el marido de mistriss Templanza!...

—Servidor vuestro, señores míos.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Ofreceros mis servicios, y hablar, si puedo, con el mayordomo de milord.

—Ahora está muy ocupado.

—Nada importa, es su deber.... pero Mr. Paterson y yo somos conocidos antiguos; y sea dicho sin vanidad, no le desagradará mi presencia.

— ¡Hola! ¡hola! ¡compadre Bob! prometednos entonces vuestra proteccion....

Marcha, Tulipp, y anuncia al señor Bob.

— ¡Dejad que entre el señor Bob!

— ¡El compadre Bob-Lantern!

— ¡El esposo de mistriss Templanza, la nunca bien ponderada!

— Servidor vuestro, señores míos, servidor vuestro, murmuró Bob, pasando por entre aquella chusma con la cabeza descubierta, y sin dejar su humilde sonrisa.

Bob era hombre muy prudente, y el diminuto Tulipp se prestó con gusto esta vez al papel de introductor, precediéndole por la escalera que conducia á los pisos altos.

— Tendrás que aguardar mucho, poderoso Bob, le dijo en tono de mofa, porque hay bastante gente en la antesala de Mr. Paterson.

— ¡Cómo ha de ser, señorito Tulipp! contestó Bob: cuesta mucho mantenerse, y yo tengo que trabajar para comer un pedazo de pan, pero si es forzoso aguardar, aguardaré.

— Habia, en efecto, en la antecámara del mayordomo cinco ó seis arrendadores

de milord que venian á renovar sus contratos, varios proveedores, algunos clientes de la casa, y dos ó tres corredores de oreja, en la última acepcion que da á esta frase la academia de la lengua. Tulipp entreabrió la puerta del cuarto de Mr. Paterson, y anunció á Bob-Lantern, y los pobres diablos que hacia tal vez horas que esperaban, echaron una curiosa mirada por los resquicios para ver al importuno que les tenia interceptada la entrada. Mas por mas que escudriñaron solo pudieron descubrir al mayordomo rellanado en un sillón, con los pies apoyados en los hierros de la chimenea, y limpiándose la boca con un mondadientes, sin que por esto dejasen de creer que no veian todo lo que habia dentro.

— ¡Lantern! repitió Mr. Paterson sin mirar á Tulipp. ¡Qué diablos! Lantern!.. Dime.... ¿Quién es ese Lantern?

— Yo soy, si Vuestro Honor me lo permite, dijo Bob procurando entrar.

— Despues que nosotros, buen hombre, despues que nosotros; gritaron á una los que estaban aguardando.

—Me parece que conozco esa voz, dijo Paterson. ¡Ah! ¡ya caigo! ese Lantern es un perillan de mérito.... Hazle que entre.

Levantóse un sordo murmullo entre los que aguardaban como queriéndole impedir el paso, cuando empezaba á decir Bob con su acostumbrada humildad con los que podian mas que él.—Señores míos.... mas no tuvo necesidad de apturar su elocuencia, porque Tulipp, que casualmente estaba armado con un cepillo, empapado en agua con que limpiaba los suelos, lo esgrimíó á derecha é izquierda y le abrió paso. Bob aprovechó la ocasion, y saludando á ambos lados entró en el cuarto de Mr. Paterson.

—Cierra la puerta, le dijo este sin mirarlo.

Bob lo hizo así.

—Acércate aquí, dijo en seguida el mayordomo.

Y Bob obedeció.

Era Mr. Paterson hombre de mediana estatura, un poco obeso, con pelos blancos y muy claros que le caian sobre un rostro pálido, en cuyo centro se elevaba una abultada nariz de color de púrpura. Era

aquella nariz prodigiosa, sin duda, pues varios observadores la habian visto perder su color algunas veces en el espacio de los cincuenta años que tenia su dueño, mas en todas ellas, por una reaccion muy natural, sus megillas pálidas de ordinario se habian puesto encarnadas, siendo indudable que aquella nariz tenia la propiedad de absorber el color de la cara entera. En una palabra, la fisonomía de Paterson solo espresaba una apatía brutal: sus ojos nada decian, y su boca fruncida pronunciaba haciendo muecas, como si las palabras al pasar le lastimasen la laringe: el tipo inglés, por último, estaba en él muy marcado por el esceso del humor linfático.

Bob, al entrar, habia hecho lo que los pacientes de la antesala, mirar á todas partes y no ver nada, pues Mr. Paterson no tenia mas motivo para no recibir que su falta de voluntad, y su mondadientes. Al cabo de un minuto miró á Bob, y buscando una agudeza, que no encontró, se encogió de hombros, y le dijo:

—¿Traes algo que vender?... alguna cosa, como *verbi-gracia*.... sí; ¡voto á

brios! alguna cosa que... ¡ya me entiendes, pícaro bellaco!

Bob se echó á reir con humildad, y le dijo en voz baja:

—Es chistoso lo que acaba de decir Vuestro Honor.... pues el hecho es que vendo alguna cosa, como *verbi-gracia*....

—En mala hora vienes: tu mercancía no tiene aquí despacho.... Milord ya no la quiere.

—Pues es lástima, repuso Bob con indiferencia; es una lástima por su señoría; pues por mí, señor Paterson, bien veis que nada perderé en guardar mucho tiempo esta mercancía, como vos decís, en el almacén.

—¿Y es muy bonita? replicó el mayordomo.

—¡Un ángel, señor!... y me atrevo á apostar que no habrá muchos ángeles como ella.

Paterson se encogió otra vez de hombros y dijo sentenciosamente.

—Todos los chalanes alaban siempre sus caballos.

—¿Por qué no la ve Vuestro Honor?...

— ¿Para qué?... Milord está harto, querido Jack-Lantern.

— Bob-Lantern, si gustais.... ¡Ah! con qué milord está.... ¿cómo? no he entendido bien.

— ¡Harto! ¿me entiendes ahora? Esta es una palabra importada de Francia, como los vinos compuestos, y los puñales de dos filos.... qué quiere decir.... á fe mia que no es fácil de explicar, honrado Jack....

— Bob, si os agrada.

— Honrado Bob.... es muy difícil.... Dime, ¿has comido alguna vez mas carne de la que podia sobrellevar tu estómago?

— Muy rara vez, pues bien sabe Vuestro Honor lo caro que cuesta vivir....

— Poco importa que te haya sucedido una vez ó ciento.... El dia que lo has hecho has estado harto de carne.

— ¿Es decir que no queria mas?

— ¡Exactamente! Milord está harto, y no quiere mas ángeles.

— Porque ha comido mucho.... lo comprendo.... Pero si valiera esa razon, mi muger Templanza hace tiempo que deberia estar harta de ginebra.... En cuanto á

milord, lo siento por su señoría.... y siento tambien haber distraido infructuosamente á Vuestro Honor.

En seguida lo saludó humildemente Lantern, y se dirigió hácia la puerta, mas en el momento de agarrar el picaporte lo detuvo la voz de Paterson preguntándole con aire de indiferencia.

— ¿Y qué edad tiene?

— Así como unos 17 años.... tal vez 18.... ¡Ah! ¡Vuestro Honor! es tan fresca como una rosa, derecha como un huso, graciosa, rubia, modesta, muy linda!...

— ¡Tate! ¡tate! le interrumpió el mayor-domo; ¿y dónde vive?

— Eso es parte de mi mercancía, contestó Lantern con maligna sonrisa; la calle, casa y número, son la mitad del género... y milord por otro lado está.... no me acuerdo bien de la palabra, pero sé que está como yo cuando he comido mucha carne.... no tiene apetito.

— Oye honrado John, repuso Paterson.

— Bob; si gustais.

— Bob, Jack ó John todo es igual, y no me interrumpas.... tal vez podríamos

intentar el último ensayo.... si es tan bonita como me dices....

— ¡Mil veces mas encantadora!

— Acaso milord no la podria dejar de querer viéndola.

— Que Dios no me salve sino sucede así.

— Pues es preciso hacer la prueba.

— Así lo creo.

— Así como así desde que ha cambiado de vida milord, voy perdiendo mi crédito. ¿Crearás, querido Jack, que dias pasados me pidió su señoría algunas esplicaciones sobre sus negocios?

— ¡Es posible! dijo Bob sin reirse y afectando gran sorpresa.

— ¡Y tan posible!... y es preciso volverlo á meter por vereda. Veré á esa jóven.

— En buenhora.

— Mañana mismo la veré.

— Cuando Vuestro Honor quiera.

— ¿Qué te hace falta?

Bob se acercó al mayordomo, puso un codo sobre la repisa de la chimenea, y contestó:

— Os diré cómo se llama, y la calle y casa en que vive, y vos me dareis treinta soberanos de oro.

— ¡Estás en tu juicio, buen John! treinta soberanos por las señas de una casa!

— Y por un nombre.... el nombre y la casa de la muchaha mas linda de Lóndres: ¿qué mas hace falta? ¿no tiene su señoría dinero para hacer lo demás?

— Pero, hombre, treinta soberanos....

— No es gran cosa.... cuando la veais direis que es un mentecato el pobre Lantern. Vale lo menos cien guineas.

— Cualquiera otro hubiera podido encontrar como tú á esa señorita.

— Lóndres es bastante grande. Si Vuestro Honor la quiere buscar, por mí no hay inconveniente.

Mr. Paterson reflexionó un momento, y levantándose en seguida sin hablar palabra, se fue hácia su papelera siguiéndole Bob con una codiciosa mirada, tiró de una gabela, y empezó á contar muy despacio los treinta soberanos, murmurando entre dientes:

— Es muy caro, pero este bellaco no me ha engañado nunca: es el mas fino sabueso de Lóndres para estos negocios.... y

por último, milord paga. Acércate aquí, añadió en voz alta: ¡cuidado, que si me engañas!....

— ¡Cómo engañaros! le interrumpió Bob; Vuestro Honor se chancea: ¿me habia yo de esponer á perder tan buen parroquiano por una friolera?

— ¡Toma eso! le dijo Paterson.

Bob sin hacérselo repetir tomó el oro, y lo trasladó en un abrir y cerrar de ojos á su bolsillo, diciendo en voz baja, mientras que el mayordomo apuntaba:

— Ana Mac-Farlane, número 52, Cornhill, frente á Finch-Lane; dos hermanas, una señora mayor que debe ser madre ó tia.... y un mozuelo, que parece hermano ó primo.

— ¡Eso del mozuelo no me gusta! murmuró el mayordomo.

— Cierto que algo estorba: pero si es preciso.... tambien hago yo esa clase de negocios.

Lantern acompañó estas palabras con un gesto tan espresivo, que no dejaba duda de su verdadero significado, y Mr. Paterson, que lo miró á la cara, se echó á reir,

y le dijo despues de una breve pausa:

— ¡Tú debes reunir millones, buen Jack!

— ¡Yo, señor!... cuesta muy caro mantenerse, y no tengo mas que estos treinta soberanos que me acabais de dar, sin un penique mas siquiera... ¡Quedaos con Dios, y muchas gracias! dentro de quince dias volveré á ver si me necesitais para algo.... pero que el mocito aquel al menos no os turbe demasiado.

— Vuelve mañana, le dijo Paterson.

Bob hizo un gesto afirmativo y se fue, mirándole con envidia al salir los arrendadores y demás gente que ocupaba la antecala, á quien hizo un humilde saludo.

Al cabo de un rato, sonó la campanilla del mayordomo, y salió un criado á anunciar que Su Honor no podia recibir hasta el dia siguiente.

Una vez en la calle, emprendió Bob de nuevo su marcha, mas como eran ya las cuatro, hora en que empieza á anocheecer en Lóndres, cuidó de sujetar con la mano el bolsillo en que se habia metido los treinta soberanos.

— ¡Buen negocio he hecho! iba diciendo entre sí; le daré seis peniques á Templanza, cuando se le atravesó en la acera un hombre decente en el momento de torcer la esquina de Finch-Lane, que aunque intentó separarse á derecha ó izquierda, lo detuvo con un gesto, diciéndole con acento francés muy marcado:

— Amigo, ¿por dónde está la iglesia de san Pablo?

— Es una hermosa iglesia, contestó friamente Lantern.

— ¿Me podriais indicar el camino?

— ¡He! ¡he! le dijo Bob; es algo difícil, pero lo haré por dos chelines.

— ¡Dos chelines por unas señas!... exclamó el francés.

— Pues vamos, lo haré por uno, ya que no sois ruso, señor francés....

Y diciendo esto alargó la mano, en que el extranjero dejó caer un chelin, echando pestes contra la hospitalidad inglesa.

— Bien está, caballero, dijo Bob.... pues no cambiéis de direccion, á los cien pasos, todo derecho, encontrareis el átrio de san Pablo.

—¿Con qué segun eso, dijo el francés, iba yo bien?

—Perfectamente, milord, le contestó Bob, y se escurrió por un lado dejando al francés dudando entre la sorpresa y el despecho.

—¿Y ahora, dijo entre sí Bob, iré á casa de aquel mozalvete á venderle el nombre de Edward? No, mejor será ver lo que da de sí el tiempo, porque esto le haria desconfiar, y seria causa de que no marchase bien el asunto. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡qué buena compra ha hecho Mr. Pater-son! ¡Mr. Edward le soplará la dama antes que él lo conozca! pero eso es cuenta suya.

Consiguiente á este soliloquio no tomó Bob el camino de Finch-Lane, mas como no era aun hora de recogerse, y él era por otra parte hombre muy aplicado y trabajador, quiso aprovechar el resto del dia.

—Esta noche, dijo entre sí, iré á ver á mis amigos de la Resurreccion.... pero es tan desagradable su tarea, y tan mal pagada.... mas vale ganar algo.... y por vida mia que la noche es la mas á propósito para

pordiosear, porque la niebla es caliente, y las viejas saldrán de sus madrigueras.... ¡mas es preciso estar muy alerta con la policía!

En seguida hizo una contorsion que dió á su cuerpo la figura mas propia de un mendigo, levantó uno de sus hombros dejando caer el otro, retorció un brazo en términos que imitaba muy bien una parálisis: encogió además la pierna izquierda para figurar una cojera, y empezó á andar con un movimiento que inspiraba compasion. Miró en seguida con sumo cuidado á todas partes para asegurarse de que la acera estaba libre de agentes de policía, y entre la mucha gente que pasaba eligió á una señora anciana con gran sombrero negro, viuda sin duda de algun patron ó contraamaestre muerto en servicio de la patria, y arrastrándose hácia ella como una chalupa azotada por la tempestad, empezó á decirle:

— ¡Noble señora! ¡cinco dias y medio hace que no como!... pero la dama avivó el paso.

— ¡Oh caritativa señora! continuó di-

ciéndole Bob; tened compasion de un pobre marinero estropeado, sin poder trabajar, y reducido á implorar la caridad pública por las heridas que recibió en la gloriosa batalla de Trafalgar con el valiente Nelson.

—No tengo que daros, valiente veterano, dijo la señora.

—Por amor de Dios, señora, insistió Bob, alargaré tambien hoy inútilmente esta mano, que tocó la del gran Nelson...

La buena señora miró la mano de Bob, porque el nombre de Nelson causa siempre en los ingleses un efecto prodigioso.

—Apiadaos, señora, continuó diciendo aquel, sino quereis que caiga muerto á vuestros pies....

Ella entonces registró su gran bolso, y sacó una media corona, que estaria sin duda destinada aquella noche para su partida de whist, y se la dió con notable emocion. Bob besó la moneda prometiéndole las bendiciones del cielo.

—¡Mi lady! dijo con voz lastimera, siguiendo á otra segunda víctima que le pareció ser tory; socorred á un soldado de

nuestro semi-Dios, su Gracia el poderoso duque de Wellington. Cincuenta y tres heridas tengo, noble lady, y Napoleon.... Napoleon mismo en persona me atravesó esta pierna de una estocada.

Aquella señora le dió un chelin para libertarse de él.

Durante una hora siguió Bob representando esta farsa con diversos altos y bajos, pues si bien recogió buen número de coronas, tambien sufrió bastantes codazos, y media docena de palos que le aplicó un miembro del parlamento, á quien equivocó con un vendedor de cigarros de contrabando. Cuando ya iba por último á terminar su juego, divisó una vieja mistriss, cuya traza lo tentó poderosamente, y como no sabia resistir á esta clase de tentaciones, se acercó á ella, y le empezó á relatar una poética descripcion de la batalla de Trafalgar, pero aun no habia llegado á la mitad, cuando sintió de pronto una pesada mano que descansaba sobre su hombro dislocado.

Bob, sin desconcertarse, ni tomarse el trabajo de volver la cara, porque conocia

demasiado las maneras de los agentes de policía, hizo un movimiento repentino para dar á su cuerpo su acostumbrada forma, y bajándose con suma agilidad, obligó al agente á soltar su presa: y antes de que este se pudiera poner en defensa le descargó ambos puños sobre el pecho, que sonó como un tambor, derribándolo en medio del lodo con gran placer de los transeuntes.

La noche estaba ya bastante adelantada, y Bob se marchó en seguida muy satisfecho, pues aunque ejercitaba otras varias industrias en sus horas de ocio, lo llamaban entonces cariñosos recuerdos hácia su Templanza, cuyos cinco pies y seis pulgadas no se le habian jamás representado con tantos atractivos.

—Otro dia iré á ver á los de la Resurreccion, dijo para sí; que el jornal no ha sido malo, y estoy cansado. Bishop me haria malgastar la noche por una guinea.... ¡no deja, sin embargo, de ser algo una guinea! pero me aguarda mi Templanza, mi palomita. Lléveme el diablo sino daria seis chelines porque solo se emborrachara seis veces á la semana.

Tomó, pues, el camino de san Gil por Holborn, marchando ya con la cabeza erguida, y metidas las manos en los bolsillos, como hace el hombre de bien que tiene la conciencia tranquila, y ha cobrado el precio de un honesto trabajo.



III.

Mors ferro nostra mors.

EL honorable Frank Perceval no usaba de ningun título, y esto no porque despreciase su nobleza, pues honraba y respetaba por el contrario, el histórico nombre de sus abuelos. En los tiempos en que la nobleza daba poder y privilegios, podia haber grandeza de alma en no hacer caso del nacimiento, y renegar de los derechos; pero en la época actual, en que la nobleza es solo una traba, los necios ó los tontos

únicamente afectan olvidar un alto origen, y arrinconan su escudo de armas, como se hace con un vestido que no está de moda. No era Frank de estos por cierto, pero tampoco era de los que creen engrandecerse haciendo grabar en sus targetas las hojas de peregril de una corona ducal, ó las seis sartas de perlas de una diadema de baron, y ni se mezclaba malicia ni orgullo en el empeño que tenia en conservar su nombre, pudiendo decirse que era un noble en el genuino sentido de esta palabra.

Con arreglo á la ley inglesa, su hermano mayor, el conde de Fife, habia heredado casi todos los bienes de su padre, y no era, sin embargo, bastante rico, á pesar de tan desigual fortuna, para darle una pension á su desheredado hermano; estando por lo demás muy bien quisto en la corte, y con el boato de un gran señor. Frank, por lo tanto, se veia forzado á vivir modestamente en comparacion del tren de príncipes que habian ostentado sus mayores, manteniéndose con un reducido patrimonio, y parte de los bienes de su madre, que vivia en Escocia con una

hija menor de doce años. La condesa viuda de Fife amaba con delirio á Frank, que era su hijo preferido, tanto por su mérito, como porque su carácter, edad y figura le recordaban á otra hija mayor, miss Harvriet Perceval, que habia muerto años antes desastrosamente, la cual y él eran gemelos. Este vivia en Lóndres en el palacio de Dudley, propiedad de su madre, situado en la calle del Castillo, cerca de Cavendish-Square, con un solo criado y una ama de llaves, sin ningun tren, ni caballos.

Era ya muy entrada la mañana, cuando Stephen Mac-Nab pisó el umbral del palacio de Dudley y fue recibido por el anciano criado de Frank.

—Buenos dias, querido Jack, dijo nuestro buen médico; ¿no se ha levantado todavía tu amo?

Jack era un criado fiel, honrado, discreto y amante de un señor, y hubiera dado muestras de lo que valia, si Frank Perceval se hubiera hallado en la angustiosa situacion del dueño de Ravens-Wood: pero Frank estaba muy distante de aquella mag-

nánima miseria, que tan bien supo pintar **Walter-Scott**, pues su pobreza solo relativa, hubiera podido ser para otros opulencia. **Jack**, por otra parte, tenia un aspecto respetable: su librea sumamente limpia no indicaba largos años de servicio, y la tranquilidad de su semblante alejaba toda idea de miseria. Amaba con pasión á su amo, y no le encontraba mas defecto que no titularse siquiera **sir Francis Percival**, siendo hijo de un conde, y descendiente su madre, **miss Dudley**, de los **Estuardos**, y con los cuarteles de **Escocia** y **Courtenay** en su escudo de armas, y hubiera dado tres años de salario porque su señor tomara un título que lo dispensara á él de decir á cada instante: **Su Honor**.

Su Honor á secas, cuando en la misma calle vivia un **sir Marmaduke Twopenny**, antiguo mercader de brea, y caballero ahora por carambola, de forma que su ayuda de cámara tenia el derecho de apurar cien veces al dia la paciencia del pobre **Jack** diciendo: **Su Honor** **sir Marmaduke**. Y aunque á veces le daban tentaciones á **Jack** de romperle la cabeza, lo contenia el mie-

do de comprometerse con aquella aristocracia de mostrador, y se reducía toda su venganza á pronunciar el nombre de Twopenny con el mas marcado desprecio, y á jurar por los nueve cuarteles del escudo de armas de Perceval. A Stephen lo conocía desde niño, y sabiendo el aprecio que de él hacia Frank, llevaba con paciencia su falta de nobleza.

— Sumo gusto va á tener Su Honor en recibir á Vuestro Honor, dijo con mucho afecto y sin abandonar lo que estaba haciendo; varias veces hablaba Su Honor, en nuestros viages, de Vuestro Honor.... Esta mañana ha salido Su Honor muy temprano, pero si Vuestro Honor lo quiere aguardar, le abriré su gabinete.

Bien se ve que no le faltaba á Jack razon para desearle un título á su amo, porque le hubiera al menos aborrado muchas repeticiones, pues la tercera persona exige imperiosamente ciertas distinciones sociales, y no es posible la igualdad mediando ella.

Convino Stephen en aguardar en el gabinete de Frank, cuya descripcion intere-

saria poco al lector, reduciéndose todo su adorno á gran cantidad de libros, varios objetos artísticos, dos ó tres retratos de familia, y un gran escudo de armas con cuarteles, coronado por las propias de Dudley. Stephen se sentó junto á la chimenea, y dijo sonriéndose:

— Todo está como lo dejé: he ahí los autores que ambos preferíamos, el retrato de la desgraciada miss Harriet....

Jack se descubrió trististemente la cabeza.

— Ahí está, continuó diciendo, el busto de la duquesa de Berry.... ¿Con que según eso, sigue siendo Frank caballero andante?

— Ojalá, y fuera siquiera caballero, mucho me alegraría, contestó Jack.

— También está allí el escudo de armas de Perceval.

— ¿Me querrá Vuestro Honor permitir que se lo describa? le dijo Jack interrumpiéndole con viveza; y sin aguardar respuesta comenzó la siguiente esplicacion técnica, que á fuerza de repetirla tenia grabada en su memoria.

— Está, como puede ver Vuestro Honor, dividido en tres fajas horizontales partidas por una línea vertical. El cuartel primero es de Fairfax, con bureles de oro y negro, y leon de plata recamado sobre el todo. El segundo es de Argyle, de plata con una nave azul pertrechada, y remos de lo mismo. El tercero de Errol, de plata con tres escudos de gules. El cuarto de Dudley Stuart, contracuartelado al primero y cuarto de plata, con faja xaquelada de plata y azul de tres listas, que es Stuart; al segundo y tercero de oro con tres rocles de gules, que es Courtenay, y encima de todo escaguado de plata y azul en doce cuadros, con faja de armiño, que es Dudley. El quinto de Douglas, de plata con corazon chorreando sangre de gules, gefe azul coronado con tres estrellas de plata. El sexto....

Aquí bostezó Stephen, y dió un largo suspiro.

— ¿Incomodo acaso á Vuestro Honor? preguntó Jack con timidez: no faltan mas que cuatro cuarteles, y el escudo del fondo....

—Otro dia me los describirás, mi buen Jack, le dijo Stephen.

—Como Vuestro Honor guste, contestó aquel, pero añadió para sí:—¡cómo se conoce que Su Honor no es noble!

—¿Con que tu amo se ha llevado las armas, segun veo? continuó diciendo Stephen deseando seguir la conversacion para no desairar al viejo.

—Con efecto, Su Honor ha guardado las pistolas de viage....

—Y tambien se ha llevado la espada, porque no está ahí....

—Perdone Vuestro Honor, la espada no....

—Tampoco está en su sitio la caja de las pistolas de batirse, siguió diciendo Stephen....

A estas palabras se puso Jack pálido, y contestó temblando:

—Es verdad.... Vuestro Honor tiene razon.... ¡Dios nos asista!

—¿Qué quieres decir con eso? exclamó Stephen poniéndose en pie.

—Que Su Honor ha salido muy temprano, contestó Jack con la voz alterada,

tanto que yo no me habia levantado.... de modo que no le vi salir.... y se ha llevado la espada.... la caja de pistolas....

— ¡Acaso algun desafío! dijo Stephen interrumpiéndolo.

— Y aun no ha vuelto Su Honor!... añadió el pobre viejo cayendo desmayado sobre un sillón.

Stephen empezó á dar vueltas apresuradamente por el gabinete, repitiendo con agitacion:

— ¡Un desafío!... ¡habiendo llegado ayer!... ¡un desafío esta mañana!... ¡esto es lo mas extraño!... Tal vez no sea mas que alguna disputa de poca importancia, que no tendrá mal resultado....

Jack entonces meneó lentamente su blanca cabeza, y dijo:

— Todo lo que interesa al honor de Perceval tiene importancia, y mi amo no es de los que toman sus armas para no servirse de ellas.... son cerca de las doce!.. y se fue á las siete!... Y se ocultó la cara entre las manos, y continuó diciendo sollozando:—no permitais, Dios mio, que el viejo Jack presencie esta desgracia.

— No nos alarmemos sin motivo, repuso Stephen que se esforzaba por tranquilizarse á sí mismo; Frank desde ayer acá no ha podido tener ninguna disputa seria.

— A nadie ha visto Su Honor, y únicamente salió para ir al baile de lord Trevor!...

— ¡Lord Trevor! exclamó Stephen asaltado de repente por una siniestra presunción, y añadió en seguida con abatimiento:—el marqués de Rio-Santo!

Jack lo miraba sin entender nada, y repetía desdeñosamente:—¡el marqués de Rio-Santo!... Todos estos extranjeros son marqueses cuando menos.... se creerian deshonorados si fuesen solo barones.... Su Honor no conoce á ese marqués.

— ¡Rio-Santo! volvió á exclamar Stephen: si se habrá encontrado con él.... ¡pero dónde informarnos, Dios mio!... ¡cómo saber!...

— A dónde ir, Vuestro Honor! compadeceos por piedad de este pobre viejo... nada de lo que decis entiendo, pero me parece que adivino.... ¡Oh! si sabeis dónde está mi amo, decídmelo por Dios.... yo

iré, aunque supiera perecer en el camino, procuraré socorrerle.... ¡Ah! ¡mi señorito Francis, á quien he llevado en los brazos, á quien he mecido en la cuna, á quien amo tanto!

Stephen, cuya personal inquietud aumentaba la desesperacion del viejo criado, se acercó maquinalmente á la ventana, y levantó la cortina en el momento que desembocaba un carruage por el ángulo de la calle del Regente. Jack entretanto continuaba diciendo:

— ¡Oh! ¡sobre esta noble familia pesa una terrible fatalidad!... Casi todos los Perceval, de padres á hijos, han muerto en desafío..... se podria decir que es una eterna y sangrienta amenaza la divisa que circunda su escudo....

Stephen volvió al momento la cabeza y la leyó: *Mors ferro nostra mors.* (La muerte por el hierro es nuestra muerte). Y como hay momentos en que agoviada el alma de dolor, acoge sin rechazarlos los mas funestos presentimientos, apartó su vista de ella con horror, porque se figuró ver sangre en los brillantes esmaltes del

escudo de armas, y le pareció que brotaban lágrimas los ojos de los ilustres ascendientes de Frank, cuyos retratos habia en las paredes.

—*¡Mors ferro nostra mors!* dijo pausadamente el viejo Jack: la última vez que oí pronunciar estas palabras latinas, fue al difundo padre de Su Honor, el conde de Fife (que esté en gloria), y las dijo acompañando el féretro de su hijo primogénito muerto en desafío.

Stephen nada oía, porque el carruaje habia parado en la puerta del palacio de Dudley, y dos personas desconocidas que bajaron, ayudadas por el cochero, sacaban de él un objeto inerte que venia tendido sobre los asientos, con cuya vista dió Stephen un grito de dolor, y exclamó saliendo precipitadamente del gabinete:

—Frank! mi desgraciado Frank!

Jack entonces se asomó á la ventana, miró, y dijo:—*¡Su Honor!*—y cayó de espaldas, sin sentido, murmurando:—*Mors ferro nostra mors.*

Cuando recobró el conocimiento se halló en el mismo sitio, de donde nadie

habia pensado en levantarlo, y dirigiendo á su alrededor una mirada vaga y estúpida vió que estaba enteramente solo. Presentábase á su memoria una idea confusa de lo que habia pasado, que no se aclaraba, y solo conservaba un ligero recuerdo de una horrible y reciente desgracia, pero ni podia, ni queria tal vez penetrar las tinieblas de su inteligencia, porque presentia sin duda que la luz le habia de despertar dolores que estaban amortiguados.

Mientras que así evitaba entrar en esplicacion consigo mismo, se fijaron sus ojos en el magnífico escudo, á que servia de orla la divisa de los Perceval, y este fue un rayo que le traspasó el corazon, y exclamó con acento dolorido:

— ¡Su Honor!... ¡un duelo!... ¡sangre!...

— ¡Silencio! dijo una voz desconocida desde la puerta que se entreabrió, ¡callad por vida vuestra, callad!

Volvióse á cerrar la puerta, y Jack puesto de rodillas se arrastró hasta el dintel, y procurando escuchar por las junturas, dijo para sí:— nada se oye, nada!

¡Qué sucede, Dios mio!... ¡Vivirá!... Si estará.... Y no tuvo fuerza para concluir su pensamiento.

Entonces se oyó un ligero ruido en la pieza contigua, como el que produciria la frotacion de dos pedazos de acero uno con otro, y poniéndose Jack en pie miró por la cerradura, y vió en medio de la sala la cama de su amo que habian sacado allí para tener mas luz, y tendido en ella á Frank con los ojos cerrados, lívido el semblante, é inmóvil como un cadáver. Por el suelo habia esparcidos bendages y paños manchados de sangre, y cerca de la ventana se veia sentado á Stephen Mac-Nab, pálido, con la cabeza inclinada, y tapándose la cara con las manos. A los dos lados de la cama estaban en pie dos personajes desconocidos: uno vestido de negro, cuyo rostro parecia de mármol, impassible, callado, y que tomaba el pulso á Frank; el otro arremangadas las mangas de su casaca, y llenas las manos de sangre, sostenia un instrumento de acero, cuya punta se ocultaba entre la camisa del pobre paciente. Este segundo personage no parecia menos

impasible que el primero, y era el que habia entreabierto la puerta para hacer callar á Jack, quien por su parte no respiraba, y tenia concentrada toda la vida en sus ojos.

El personage vestido de negro, que sin duda era un médico, seguia pulsando á Frank, y el otro, ayudante suyo, segun todas las apariencias, introducía una sonda, tocaba, observaba, y meneando la cabeza con aire de incertidumbre, dijo algunas palabras que no pudo Jack oír, á que respondió el médico encogiéndose de hombros con una sonrisa singular.

—¿Qué habrá dicho? se preguntó el pobre Jack, ¿qué significará aquella sonrisa?... ¿Será tal vez un presagio de vida?...

El practicante sacó en este momento la sonda ensangrentada, y midió friamente la profundidad de la herida, y Jack no pudiendo ya contenerse, levantó con mucha suavidad el picaporte, y entreabrió la puerta sin que á los dos desconocidos les llamara la atención. Con esto pudo ya oír, aunque nada veía en la posición en que se habia colocado.

XIII.

La Redoma.

EL primero que habló fue el practicante.—Con media línea mas, dijo en voz baja, hubiera padecido la arteria bronquial.

—¡Media línea! repitió el otro en el mismo tono: ¿estais Rowley, seguro de que no se ha lastimado la arteria?

—Muy seguro, señor, falta mas de media línea.

A estas palabras siguió un instante de

silencio, y no oyendo Jack nada, quiso volver á ver de nuevo, y puso el ojo en la cerradura. El practicante habia entregado la sonda á su maestro, tenia la mano derecha oculta debajo de la casaca, y un paquete de hilas en la izquierda.

— ¡Hilas! pensó el pobre Jack desahogando con un suspiro su oprimido pecho, todavía confian poderlo salvar!

A pesar de que nada habia comprendido de la conversacion facultativa de los dos personajes, su clara razon y buen juicio le hacian conocer, que cuando se aplican remedios hay esperanza, porque á los muertos no se les medicina. Mientras pensaba, pues, en esto, seguia mirando y observó que el practicante, antes de sacar la mano que tenia oculta debajo de las solapas de su casaca, miró con sumo cuidado al sitio en que estaba Stephen Mac-Nab, que continuaba inmóvil y como absorto, y que en seguida llamó sobre él la atencion del médico con un signo de cabeza. Este tambien á su vez lo examinó cuidadosamente, poniéndose para ello la mano delante de los ojos.

Admirado quedó el viejo Jack de este doble movimiento. ¿Por qué desconfiaban? ¿para qué aquella precaucion? El doctor apartó al fin la mano de su vista, y movió la boca para hablar, y Jack volvió á aplicar el oído á la abertura de la puerta, y oyó que dijo en voz baja:

— Ese jóven nada ve; haced lo que os he mandado.

Siguió á esto un nuevo silencio, y cuando Jack, escitada vivamente su curiosidad, volvió á mirar otra vez por la cerradura, vió que el practicante sacando del pecho una redoma de cristal y destapándola, la aplicó sobre las hilas, pero dirigiendo á Stephen, antes de derramar en ellas el líquido que contenia, otra nueva mirada, mas de tal especie, que el corazon se le estremeció á Jack dentro del pecho.

Stephen permanecia impassible, y el doctor hizo un gesto imperioso, con el cual Rowley derramó en las hilas unas gotas del líquido de la redoma, en cuyo instante hizo Stephen un movimiento. Rowley al verlo tembló, se puso amarillo, y

en vez de aplicar las hilas á la herida, las dejó caer, y les puso el pie encima.

La terrible sospecha que fermentaba, hacia algunos segundos, en la cabeza de Jack, estalló repentinamente, y se convirtió en realidad: buscó con la vista un arma, y viendo colgado en la pared un dirk escocés, lo asió, empujó la puerta y entró de golpe en la pieza en que yacia su amo en la cama, gritando:

— ¡Vuestro Honor! ¡señor Stephen! ¿no veis lo que pasa aquí

— ¡Silencio! dijo Rowley señalando al herido.

— ¡Calla tú! respondió Jack, ¡miserable asesino!... Yo estaba allí.... (y señalaba al gabinete) y todo lo he visto....

Rowley al oirlo dió maquinalmente un paso hácia la puerta.

— ¿Es loco este hombre? preguntó el médico dirigiéndose á Stephen, hacedle, señor, que salga, ó de lo contrario no respondo de la vida del honorable Frank Perceval.

Stephen se habia puesto en pie, y miraba alternativamente á Jack y á Rowley

que habia ya recobrado su serenidad, hasta que al fin dijo:

—Callad, Jack; y vos, doctor, concluid esa cura en nombre de Dios! que temo haya sido ya demasiado larga.

Jack se colocó entonces entre su amo y el doctor, y dijo con tono respetuoso, pero resuelto, dirigiéndose á Stephen.

—Vuestro Honor, yo respeto vuestras órdenes, porque sois el amigo de mi amo, pero este hombre no lo volverá á tocar: os lo juro por nuestro gran escudo.

—Este criado está demente, replicó friamente el médico. Con su interrupcion asesina al honorable caballero tan positivamente, como si le traspasara el corazon con el puñal que trae en la mano.

Jack tembló de pies á cabeza, y un sudor frio inundó su frente por entre los mechones de pelo gris que la cubrian, pero no se movió, y dijo con voz baja y profunda:

—Yo he visto.... no dudeis lo que voy á decir, señor Mac-Nab, porque lo juro por la memoria de mi difunto padre, y no miento jamás.... se acaba de intentar un

asesinato.... aquí.... en este instante.... en presencia vuestra.... el asesinato de un hombre moribundo.... ¡Oh! ¡Vuestro Honor! ¡yo lo he visto por estos ojos! ¡os lo aseguro! ¡esos dos hombres han querido matar á mi amo!...

Stephen clavó en el doctor Moore una mirada profunda y escrutadora, y dijo:

—Este criado es un hombre honradísimo, á quien conozco muy bien, señor doctor; por otra parte sé tambien que el doctor Moore es uno de los individuos mas distinguidos del *Colegio Real*, y respeto su profundo saber é ilustracion.... pero al mismo tiempo ese caballero es mi mejor amigo.... perdonad, pues, mis estrañas sospechas, y permitidme serviros de practicante en la cura que vais á hacer: soy licenciado en Oxford, señor doctor.

En seguida se arremangó con ligereza las mangas del frac.

—Vuestro Honor, dijo Jack, ¡tened mucho cuidado!... y aproximándose á él con viveza le dijo algunas palabras al oido.

Rowley, mientras hablaban, cogió con disimulo del suelo las hilas que tenia tapa-

das con el pie y miró en seguida al doctor, el cual le hizo un movimiento casi imperceptible de ojos, que él comprendió, y desapareció al momento.

— ¡Eso es imposible! dijo Stephen respondiendo á la confianza que le habia hecho el criado.

— ¡Imposible! ¿Vuestro Honor?... pues una vez que así lo creéis, yo encontraré la redoma aunque tenga que registrar á ese bribon hasta el pellejo.

Y diciendo esto se volvió hácia donde estaba Rowley, haciendo Stephen lo mismo, y ambos se apercibieron á un tiempo de su evasión.

— ¡Y ahora! Vuestro Honor, exclamó Jack, ¿me creereis, ó no?

Stephen clavó sus ojos con severidad en el doctor, el cual estaba inmóvil, con los brazos cruzados, observando esta escena con semblante sereno y desdeñoso.

Era este un hombre como de cuarenta años, alto y de buena presencia, con frente despejada que denotaba altivéz é inteligencia. Su mirada, penetrante y escrutadora, sabia en ciertas ocasiones tomar

un aire de dignidad y firmeza, pero se ocultaba á veces bajo un párpado medio cerrado para investigar con cautela y perfidia. Su rostro demasiado estrecho por las sienes, y ancho por las mandíbulas, tenia el mismo carácter *periforme*, que han adoptado varias caricaturas francesas para espresar la fisonomía poco magestuosa de cierta augusta persona.... La nariz recta y formando ángulo con el labio superior por su base, un estrecho y descolorido intervalo la separaba solo de la boca, y como esta era undida, hacia resaltar una barba aplastada. En una palabra, la parte inferior del rostro afeaba la superior, y su conjunto no era el mas á propósito para ganar el corazon, ó inspirar confianza.

El doctor Moore era uno de los miembros de mas influjo y consideracion del Colegio Real, y su inmensa reputacion lo ponia, sin duda, á cubierto de toda sospecha. Stephen, en el primer momento despues de la entrada de Frank herido, traspasado de pena su corazon, y que hubiera sin duda vencido su abatimiento moral, si la presencia del doctor Moore no

lo hubiera asegurado de que todos los remedios del arte serian ensayados con habilidad y á tiempo, habia cedido completamente al peso de su dolor, y hacia lo que los jugadores que cierran los ojos hasta que la fortuna ha decidido de su suerte. Mas ya acabamos de ver cuán bruscamente lo habian hecho ponerse sobre sí.

Cuanto acabamos de referir habia pasado en poquísimos minutos, y cuando Rowley salió huyendo por la puerta del palacio de Dudley, aun no habia trascurrido un cuarto de hora de su entrada: se habian, pues, perdido solo diez minutos para la cura de Frank. Stephen, cuya natural serenidad se sobreponia ya á su indignacion, despues de mirar fijamente, como dijimos, al médico, le dijo:

— Señor doctor, este fiel servidor no está loco... no se ha equivocado en lo que vió... la desaparicion de ese miserable dice bastante.

— ¿Pretendereis acaso acusarme á mí, caballero? replicó el doctor.

— No perdamos, si gustais, el tiempo en inútiles contestaciones, repuso Ste-

phen.... Yo deseo que procedais en el acto á la cura de Frank Perceval.... en el acto, ¡lo entendéis!....

—¡En el acto! repitió Moore; eso se parece á una órden, caballero.

—Y lo es en efecto, contestó Stephen con firmeza.

El doctor arrugó el entrecejo, dió un paso atrás, y escondió maquinalmente sus manos en los grandes bolsillos de su casaca negra, tomando toda su persona un aire amenazador: pero se serenó muy pronto su frente, y vagó por sus labios una amarga sonrisa.

—El señor licenciado de Oxford, dijo con tono forzado de burla, tendrá la bondad de prepararme los bendages, y las hi-las.... estoy pronto á emprender la cura de este caballero.

Inmediatamente dió principio la operacion, habiendo sido aquella una cura bastante singular. Mr. Moore, observado sin cesar por el ojo esperto de su jóven colega, desplegó en ella todos los medios prácticos del arte que tanto habian realzado su reputacion sobre la de sus rivales,

operando con rapidéz, y haciendo una especie de ostentacion de no omitir ninguno de los mas pequeños pormenores prescritos por la clinica en semejantes casos. Stephen, egecutando con la mas prolija exactitud todas sus órdenes, observaba todos sus movimientos con la mas estremada solicitud, de lo que se procuraba vengar el doctor continuando con su sonrisa amarga y burlona.

Detrás de él estaba colocado Jack, que ya habia desechado sus temores. Mas conservaba en la mano el dirck é interrogaba sin cesar con sus ojos la fisionomia de Stephen, dispuesto á herir sin misericordia á su mas mínima insinuacion. No habia que esperar de él la menor compasion, y aun se podia asegurar, sin gran riesgo de equivocarse, que hubiera deseado coger en un renuncio al doctor, para vengar el vil asesinato intentado sobre su amo. Su frente, por lo comun afectuosa y serena, estaba contraida y arrugada: sus ojos azules, tan dulces de ordinario, habian tomado una espresion de implacable osadía y dureza, no brillaba en sus labios su cortés sonrisa;

y su cuerpo, habitualmente encorbado por la costumbre y la edad, se habia enderezado violentamente; en una palabra, estaba fuerte, resuelto y jóven.

El doctor le tenia vuelta la espalda, pero lo veia bien en un espejo que estaba enfrente, y tal vez esta continua amenaza contribuia, no poco, á dar á sus movimientos una precision matemática. Sin embargo, el corazon del viejo se iba visiblemente ablandando á medida que la operacion adelantaba, y aunque todavia conservaba su terrible aspecto, en el fondo del alma volvia á su estado natural. Así que su amo abrió los ojos por primera vez, se desarrugaron las cejas de Jack, ofuscó una lágrima sus ojos, y desapareció su brillo. Su mano empuñaba ya entonces el mango del puñal sin la menor cólera, no viendo ya en Mr. Moore al asesino, sino al salvador. Amaba él tanto á su amo, ¡á Su Honor Frank Perceval!

Acabada la cura, coloreó un ligero carmin los descoloridos labios del paciente, y Jack se echó á reir sin dejar de llorar, y su mano soltó el dirck.

— ¡Dios os bendiga! dijo á media voz detrás del doctor Moore; ¡Dios os bendiga! y me perdone, si me he engañado antes acusándoos.

El doctor no se dignó responderle, ni aun volverse, y le dijo á Stephen:

— Este caballero está salvado: en manos poco diestras su herida hubiera podido ser mortal; pero ahora están tomadas todas las precauciones humanas.... Respondo de su vida.

Stephen lo saludó, y tomando de su cartera un billete de cinco libras, se lo presentó; mas Moore, sin afectacion, rehusó tomarlo: cogiendo en seguida su baston y sus guantes dijo:

— He concluido ya aquí. ¿Supongo, caballero, que no quereis detenerme mas?

— Sois muy dueño, señor, contestó Stephen.

— Está muy bien, repuso Moore dirigiéndose á la puerta; mas antes de llegar á ella metió de nuevo las manos en las hondas faltriqueras de su casaca, y se volvió.

— Ahora ya manifestais que soy dueño de mi libertad, dijo recalcando esta última

frase, y yo deseo que sepais, mi jóven maestro, que siempre lo he sido. En nuestra profesion, como aprendereis con el tiempo, está uno frecuentemente espuesto á grandes riesgos, y conviene estar prevenido, y no dejarse nunca sorprender.

Sacó en seguida las manos de los bolsillos con una pistola en cada una, que dirigió hácia Stephen, continuando diciendo:

—Estos argumentos no se enseñan en Oxford, mi jóven maestro, pero se aprenden en Lóndres, y ningunos conozco mas concluyentes. Digo esto, porque tenia, como veis, medios de salir de aquí sin que me lo pudierais estorbar, y sin importarme gran cosa el estoque mohoso de ese viejo montañés..... pero no he querido irme sin oponer á una absurda sospecha una prueba palpable de mi lealtad.... Yo he salvado á ese caballero, porque me ha dado la gana, (y volvió á guardar las pistolas). Y con esto, quedad con Dios, mi jóven señor... Hoy habeis adquirido en mi un mortal enemigo.... y sabed que en todo el discurso de mi vida nada he olvidado,

nada he perdonado y siempre me he vengado.

En seguida abrió la puerta, y salió.

Stephen escuchó con suma indiferencia la primera parte de este discurso, y á las amenazas que envolvieron las últimas palabras, contestó solo con un saludo tranquilo y silencioso. Jack no prestó la menor atención á este incidente, porque arrodillado junto á la cama de su amo, solo se cuidaba de besar sus frias manos, derramando lágrimas.

Stephen, despues de la salida del doctor, se acercó tambien á la cama de Perceval, diciendo entre dientes:

—Qué he de pensar de esto. ¿Hay fundado motivo para suponer un asesinato?... ¿pero con qué objeto?... y principalmente siendo el doctor Moore el asesino.... ¿Jack, estás bien seguro de haber visto bien?...

—Y tan seguro, Vuestro Honor, contestó éste poniéndose en pie, como lo estoy de veros aquí; aquel infame tenia en una mano la botella, y en la otra las hilas... á una seña de ese médico (que podrá por

otra parte ser un buen sugeto) las mojó el pícaro practicante. En aquel instante os movisteis, y él ocultó la botella.... Dios sabe en dónde.... y dejó caer las hilas, y las tapó con el pie.... ¡Aguardad!... todavía deben estar aquí.

Diciendo esto se pasó al otro lado de la cama, siguiéndolo Stephen.

— No, ya no están, añadió, pero se ve todavía la mancha.

— ¿La mancha? le interrumpió Stephen; ¿dónde está?

Jack le enseñó una mancha rogiza, húmeda, y del tamaño de un chelin, producida por la presión del pie de Rowley sobre las hilas mojadas. Stephen se hincó al momento de rodillas para examinarla, y al bajarse percibió debajo de la cama una redoma pequeña de cristal, de la que se apoderó ansiosamente.

— ¡Ahí está! ¡esa es la redoma! exclamó Jack al verla.

Stephen sin destaparla la acercó á su nariz, y vió que contenía ácido prúsico.

SEPT.

La hora de levantarse.

LADY Ophelia Barnwood, condesa de Derby, despertó mucho despues de mediodia, la mañana siguiente al baile del palacio de Trevor, con el cansancio de la víspera marcado en sus delicadas facciones, sin poder casi abrir sus fatigados ojos, y vagando confusamente por su imaginacion los recuerdos de la fiesta. Hacia bastante frio en su alcoba á pesar de un gran fuego que ardía en la chimenea, y cuyo resplan-

dor contrastaba con la poca luz que habia en ella, por lo que en vez de vestirse, se envolvió otra vez con la ropa de la cama, y trató de conciliar el sueño. Mas como hay una hora en que éste fatiga, en que entorpece el cuerpo el contacto de las sábanas, en que es preciso ponerse en pie, moverse y vivir, y esta hora habia pasado hacia tiempo; en lugar del deseado sueño, le acometieron pensamientos importunos, memorias, pesares, remordimientos....

Vió pasar por su vista, como en perspectiva, los años de su florida vida de soltera, vió que su belleza, vírgen entonces como su alma, eclipsaba á todas sus rivales; se estremeció de placer al recordar los agradables triunfos de inocente coquetería que embellecen la senda que pisa una señorita jóven y linda al presentarse en el mundo; y se sonrió con sus primeros amores, tan tiernos, tan profundos, tan tímidos y tan ligeramente desvanecidos.

Miróse luego sentada por primera vez en los almohadones de brocado de la carroza conyugal. Se veia lady, era condesa, y la famosa divisa de las armas de Inglaterr-

ra: *¡Honni soit qui mal y pense!* (Infamado sea quien piense mal de mí) orlaba tambien su escudo: tenia pues iguales, pero no superiores.

Se consideró en seguida en los primeros meses de su viudez; de la viudez, que aumenta una perla á la corona de toda muger jóven, y recordó cuán envidiada y adulada era; ¡cuán aborrecida tambien!... ¡y cuán feliz al mismo tiempo! Despues se vió débil, trémula, sojuzgada, y mas dichosa mil veces porque amaba: amaba á los veinticinco años de su vida, á la edad en que se une la energía á la ternura del amor; á la edad en que todavía se suspira, pero los suspiros abrasan; á la edad, en fin, fuerte y enérgica, en que rivalizan el alma y el cuerpo en todo su vigor.... Se vió apasionada, celosa, vencida, y una ligera reminiscencia de sus pasados goces hice latir su corazon y ensanchó su pecho. Recordó la rapidéz con que pasaban aquellas horas de secreta voluptuosidad, lo completo de aquella soledad partida con otro, ¡y cuán grato y armonioso era, por último, aquel silencio interrumpido por una voz amada!

¡Ay! las horas presentes corrían pesadas y tristes; la soledad estaba totalmente vacía, y el silencio era de muerte. La soledad y el silencio oprimían el alma con un peso enorme; la felicidad había desaparecido; y todo en lo presente era melancólico, desagradable, repugnante. Ese fastidio, esa horrible pesadilla, batía á todas horas sus alas en la atmósfera que la rodeaba.

Ophelia apartó bruscamente la cubierta de su cama, saltó al suelo de un brinco, y metió ella misma sus delicados pies en unas chinelas de terciopelo, siendo tal vez esta la vez primera que lo hacía sin ayuda de su camarera. Muerta de frío, al momento se puso una bata de levantar, y se acogió á un cómodo sillón de brazos con muelles cogines, en el rincón de la chimenea. ¡Oh! ¡qué otro recuerdo! En los tiempos pasados, á aquella misma hora, oía un golpe suave en la puerta exterior del palacio de Barnwood, y la camarera, al entrar, anunciaba que «milord aguardaba en la sala.» Milord era la persona amada, la que ahora echaba de menos con angustia y pesadumbre; milord era

el marqués de Rio-Santo. ¡Ah! ¡todo habia ya concluido.

Ophelia alargó su mano al cordon de la campanilla, mas en el momento de tocarlo con sus dedos, sonó un golpe del aldabon de la puerta de la calle, que la hizo levantar de pronto. Brillaron un momento sus ojos, é inundó su alma un rayo de esperanza, pensando:— ¡Si será él!— Pero esta esperanza pasó muy pronto al recordar Ophelia los sucesos del dia anterior, y se volvieron á nublar sus facciones.

—Será el jóven Frank Perceval, se dijo á sí misma, que viene á la cita que le di ayer para confiarle.... No, no quiero descubrir á nadie este horrible secreto, ¡Dios mio!... ¡no, no quiero!

La camarera abrió cuidadosamente la puerta, y dijo admirada al verla:

—¿Qué, está ya levantada milady?... un caballero solicita permiso para ponerse á los pies de mi señora la condesa, y me ha dado esta targeta.

—No es Mr. Perceval, dijo entre dientes Ophelia al mirar la targeta en que estaba grabado el nombre de Stephen Mac-

Nab. — No puedo recibir, Juana, dijo al momento. Mas espera.... descorre las cortinas porque aquí hay alguna cosa escrita con lápiz.

Juana las descorrió, y una claridad mas viva iluminó la alcoba.

— *De parte del honorable Frank Perceval*, leyó Ophelia. ¿Qué querrá decir esto?... Haz, Juana, que entre ese caballero en la sala, y vuelve á vestirme.... ¡Ven pronto!

— ¡Qué querrá decir esto! volvió á decir Ophelia así que salió la criada.... ¡de parte de Frank Perceval!... seguramente ha cometido algun acto de desesperacion el desdichado jóven.

Juana volvió, y su ama quiso solo que le abotonara la bata, y le alisara el pelo, y casi no le dió tiempo para hacerlo.

— Bueno está ya Juana, le dijo, déjame. Y se dirigió precipitadamente á la sala en que esperaba Stephen.

Poco acostumbrado estaba el jóven médico á verse á solas con la viuda de un caballero de la Jarretiera, pero se acababa de separar del lecho de su mejor amigo, y

su profunda emocion no daba lugar al pequeño sufrimiento del amor propio abatido, que llamamos emocion, y así fue que saludó á la condesa con el mismo desenfado que lo pudiera haber hecho uno de los concurrentes á Almack.

— Señora, le dijo, tened la bondad de disimular mi visita: no he tenido nunca el honor de seros presentado, pero cumplo con un deber viniendo á llenar un encargo de Frank Perceval.

La condesa le hizo una cortesía, indicándole que tomara asiento.

— ¿No ha podido venir el mismo Mr. Perceval? le preguntó.

— No señora, contestó tristemente Stephen; y para no hacerlo, ha sido precisa una imposibilidad absoluta....

— ¿Pues qué le ha sucedido, caballero?

— Ha sido herido en un desafío, milady.

— ¡En un desafío! repitió la condesa.

— Y gravemente herido.

— ¿Y por quién?

— No me ha dicho el nombre de su adversario.

— ¿Y vos no lo sospechais?

— Sí señora, y mis sospechas son certidumbre.... pero como vengo á veros en nombre de Frank, debo obrar como él, y olvidar el desafio, para ocuparme de otra cosa mas importante....

¡ Mas importante , caballero ! dijo la condesa con alguna agitacion....

— Aun no hace dos horas que llevaron á Frank al palacio de Dudley, sin sentido y casi exámine.... los primeros ausilios se retardaron bastante por un suceso horroso, que no os puedo referir, y ha estado muy á pique mi desgraciado amigo de ser víctima de un asesinato....

— ¡ Me haceis estremecer, caballero! dijo la condesa; ¡ asesinar á un herido!...

— Un envenenamiento, milady.

— Y os figurais.... sospechais que el adversario de Mr. Perceval.... ¡ oh! seria cosa espantosa, caballero!... ¿ pueda tener parte en tan infame trama?

Stephen de pronto no contestó, porque aun no se habia hecho esta pregunta á sí mismo, y cruzó por su imaginacion una leve sospecha; pero no pudiendo fundarla en nada, dijo:

—No lo puedo creer, señora.

Lady Ophelia respiró.

—De todos modos, siguió diciendo Stephen, está evitado el peligro.... Cuando Frank volvió en sí, la primera palabra que pronunció fue el nombre de una persona querida....

—¿Miss Trevor?

Stephen bajó la cabeza, y continuó:

—La segunda fue el vuestro, señora.

La agitacion de la condesa se iba aumentando, y dijo:

—¡Mi nombre!... Sí... ya presumo, porque... anoche en el baile del palacio de Trevor, supliqué á Mr. Perceval.... A la verdad que me es muy sensible que su herida le impida....

—En su lugar me ha hecho venir á mí, autorizándome para hacer sus veces, señora....

—¡A vos, caballero!... Mr. Perceval no puede suponer.... Lo que yo le tenia que decir era sumamente confidencial.

—Yo soy su mejor amigo.

—No lo dudo, caballero; pero no puedo....

—Señora, ¡Frank está padeciendo mucho, y espera! replicó Stephen.

—¡Me traspasais el corazon, caballero!... escuchad....

La condesa se detuvo de pronto, y aplicó el oído con ansiedad, porque habia sonado un ligero golpe en la puerta de la calle, y dijo entre dientes:—¡El es! ¡El es!—y su agitacion se convirtió en un sobresalto febril.

—Caballero, continuó diciendo; esta visita debe terminar al momento. Rehuso admitiros como medio de comunicacion entre Mr. Perceval y yo.... ¡Os suplico que no me juzgueis con ligereza, porque tengo para ello razones muy poderosas, y que no os ofendais por ellas, pues ninguna relacion tienen con vuestra persona!...

Stephen se habia puesto en pie, y empezaba á decir:—Yo esperaba llevar algun consuelo al pobre Frank....

—Decidle, interrumpió la condesa, que todo lo sabrá; decídselo de mi parte... La camarera en este instante entreabrió la puerta de la sala y dijo:—¡Milord!—y la condesa repuso:

—No le digais nada, señor: yo lo reflexionaré.... Juana, haced entrar á milord en el tocador.... caballero, suplicad á Mr. Perceval en mi nombre, que me dispense.... Decidle lo sensible que me ha sido su desgracia, y.... perdonadme que interrumpa tan bruscamente esta entrevista.

Stephen la saludó con frialdad y se retiró, y la condesa se volvió á dejar caer en su sillón casi sin fuerzas, diciendo entre dientes:—¡No! ¡Oh! no.... no puedo revelar este secreto.... sería perderlo.... ¡iluminadme, Dios mío!

Al bajar Stephen la escalera dió de codos con un hombre, á quien ocultaba parte del rostro el sombrero muy bajo por delante, el cual lo miró de reojo, y se estremió. A él fue á quien introdujo Juana un momento despues anunciando:—Milady, milord el marqués.

Rio-Santo besó respetuosamente la mano de la condesa, y se quedó de pie delante de ella. En sus hermosas facciones se advertia algo parecido al rendimiento, á la ternura, á la pasion misma, pero era solo

una máscara, que fácilmente hubiera traslucido cualquier observador esperto, á pesar de lo disimulada que estaba. La condesa era buena fisonomista, pero al lado de Rio-Santo perdía toda su penetración: lo miró fijamente al principio, y sus ojos, tristes y apagados, se fueron animando por grados hasta espresar una completa serenidad. El marqués se sonrió con dulzura, se apoyó en el respaldo del sillón de la condesa, y le dijo al oído:

—Ayer, en el baile estabais hermosísima, Ophelia.

Esta se volvió, y su frente llegó casi á tocar con la boca del marqués, en términos que la retiró ruborizada.

—Me desdeñais, señora, le dijo él, y teneis razon, porque no merece disculpa quien os da el menor disgusto, aunque sea involuntariamente.... Sin embargo, ¡sabéis mi secreto, todo mi secreto!... ¿y no es amar una confianza tan ilimitada?

—Habeis pasado quince dias sin venirme á ver; le dijo en voz muy baja la condesa saltándosele las lágrimas.

—Pero vengo ahora, Ophelia, y vengo

sin pararme en el peligro, porque no podia sufrir mas la ausencia.... Creedme, yo echo menos, tanto como vos (y acaso tal vez mas) aquellos deliciosos dias en que ambos éramos felices sin que nadie lo supiera.... Mas que vos maldigo yo mismo la fatalidad que me arrastra.... ¡Nadie puede huir de su destino, y yo tengo que llenar el mio, ó perecer!

Rio-Santo, al decir esto, se habia puesto derecho, y su noble fisonomía habia tomado una espresion de fiereza indomable, inflexible, y sin límites, y Ophelia lo contemplaba con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¡Oh! os amo, Ophelia; le dijo en seguida: Dios no tiene compasion de mí.... ¡Os amo mas que nunca!... ¡Os amaré eternamente!...

Y se sentó sobre un cogen á sus pies, y la condesa pasó sus dos manos por los rizos de su hermoso pelo negro.

—¿Habeis dicho la verdad? le preguntó; ¿no es así? ¿no me engaÑais, es cierto?... ¡Ah! Dios mio! ese amor que me concedeis, ese amor vergonzoso y secreto,

(que es la parte que no quiere mi rival) lo aprecio, ¡José María, lo tengo en mas que la vida.... en mas que el honor!... ¡Oh! yo soy la culpada, por ser solo una pobre muger, y no poderos proporcionar todo el poder de que sois digno.... Yo soy la culpada en creer que vos.... que Rio-Santo se habia de bajar hasta mí.

-¡Loca! ¡niña sin juicio! le dijo el marqués cubriendo de besos su blanca mano.

Ella calló: se secaron sus ojos, y brillaron con fuego, y su respiracion penosa y cortada agitaba á veces el torneado contorno de su garganta. En aquel momento habia amor verdadero en la ardiente mirada de Rio-Santo, porque el hombre de impresiones repentinas, habia cedido á la de aquel instante. Habia ido á representar una farsa, y del mismo modo que los actores se poseen con verdad de un papel que aprenden, sentia él realmente su ficticia pasion, y amaba.

Lady Ophelia disfrutaba de este instante de felicidad, y se agarraba á ella como si temiera ver desvanecida la ilusion.

— ¡Oh! ¡no!... ¡no! dijo al fin, sin advertir que revelaba su pensamiento.—
 ¡No le haré traicion!... ¿Qué me importan á mí esas gentes, y lo que padecen?...
 ¡Ahora me ama.... No diré nada, nada!

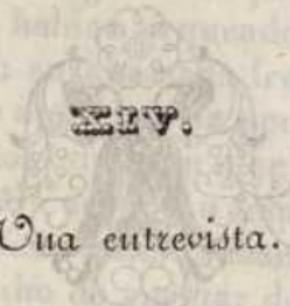
Sus ojos medio cerrados nada percibian ya, y su imaginacion se perdia desvariando á la ventura. Rio-Santo por su parte no habia perdido ninguna de las palabras de Ophelia, y se habian arqueado sus cejas, dejando ver en su abrasada frente la larga línea blanca de una cicatriz perpendicular; movia los labios sin articular sonidos, y agitaba todo su cuerpo un temblor colérico. En este estado tomó la mano de la condesa, y se la hubo de apretar de tal suerte, que la desdichada jóven abrió los ojos dando un quegido de dolor, y se puso pálida al ver la actitud amenazadora, y la alterada fisonomía del marqués.

— ¿Qué teneis, D. José? le preguntó asustada.

— Señora, contestó este con voz firme y severa, necesito una esplicacion, ¿me entendeis?... Y que me la deis clara y en el acto!... ¿Qué es lo que estais dicien-

do de traicion, y quién es ese hombre á quien acabo de encontrar en la escalera?




 XXIV.

Una entrevista.

LADY Ophelia, sacada tan bruscamente de su momentánea enagenacion, miraba atónita al marqués, hasta que este le dijo con frialdad:

— Os estoy esperando, señora.

— ¿Y qué es lo que quereis de mí, milord?

— Os repito que habeis hablado de hacer traicion, y que habeis tenido sin duda este pensamiento, y acaso el designio: y

acabo de encontrar saliendo de esta casa á un hombre que es el amigo de Frank Perceval.

—Es muy cierto.... me ha venido á ver de su parte.

—¡De su parte! exclamó con acritud Rio-Santo, ayer os vi hablar con Perceval, y á ambos os noté miradas de inteligencia.... ¿No sabéis por experiencia que nada se me escapa, y que cuando mis ojos duermen, ó no ven, hay mil que velan por ellos?

—Sé que podeis mucho, milord, contestó la condesa alzando su linda cabeza con noble altivéz;—mucho para todo lo malo, como el ángel caído del cielo.... pero yo no os tengo miedo.

—No me teneis miedo! replicó el marqués con voz ronca y amenazadora.

—¡Ay! ¡Yo os amo! ¡os amo! dijo la condesa despues de una pausa, con acento de desesperacion.

Entonces una sonrisa de triunfo contrajo la boca de Rio-Santo, que repuso con tono ya dulce:

—Ophelia, perdonadme estos raptos de

loco enojo con que se desahoga mi secreto padecer.... Soy desgraciado, bien lo sabeis.... Dos pasiones luchan á un tiempo en mi alma, y se libran un combate que me mata.... mi amor hácia vos....

La condesa levantó al cielo sus hermosos ojos azules.

— Mi amor hácia vos, continuó diciendo resueltamente; y mi ilimitada ambicion.... Ese hombre, ese Frank Perceval, se me atravesó en el camino, y me aparté á un lado.... Os lo aseguro por mi honor, condesa, me daba lástima ese muñeco, que bien mirado no era ayer mas que un obstáculo inocente.... pero el muñeco se atrevió á insultarme como un hombre, y he debido castigarlo....

— ¡Ah! con que sois vos! exclamó lady Ophelia.

— ¿Lo sabeis ya?... ¡Ah, milady! eso que llamais amor tiene en vos todas las apariencias del odio!... ¡Sí señora!... yo he sido.... pero aun al castigarle tuve lástima de él.... en vez de matarlo, como tenia derecho é interés en hacerlo, solo lo he puesto fuera de combate.

— Eso es generoso y grande, milord, dijo con viveza Ophelia. ¡Oh! todavía tenéis sentimientos nobles, y eso es mi perdición!...

— ¿Y de qué ha servido mi generosidad? dijo Rio-Santo. Vos le disteis ayer una cita.... él creyó hallar en vos medios de perderme.... No me lo neguéis, señora.... y su primer pensamiento al verse otra vez con una vida que me debe, ha sido enviaros su confidente. ¿Pero qué interés ó qué estímulo os mueve á perderme, Ophelia?... ¿Quereis acaso vengaros? ¡Yo soy mucho mas desgraciado que vos!

— No, milord, no, contestó la condesa, ni me quiero vengar, ni tengo ningun interés en perderos.... La casualidad.... ó por mejor decir, vuestra desmedida cólera me ha hecho dueña de un tremendo secreto!.. Nunca puedo pensar sin estremecerme en aquella espantosa escena.... y confieso que algunas veces abrumba mi conciencia ese misterio de sangre....

— ¿No habeis tenido nunca celos, milady? le preguntó Rio-Santo con una inflexion de voz insinuante y tierna.

—Ahora los tengo, milord.
 —¡Y qué! no conocéis que un arrebatado de celos.
 —¡No digais ni una palabra mas! repuso la condesa interrumpiéndolo; no, milord!

Rio-Santo bajó la cabeza al oír esta reconvenccion, porque habia intentado mentir, y se avergonzaba, y le repugnaba, cuando tal vez no le espantaba el crimen.

Habia entre él y la condesa muchos secretos de amor, pero existia otro secreto además, que una vez descubierto, hubiera dado al traste con los mas caros proyectos de Rio-Santo, y puesto su vida en peligro. Este, en aquella entrevista, acababa de cerciorarse de que la condesa, ya fuera por venganza, por celos, ó por cualquiera otra causa, habia tenido idea de hablar; cosa de que él habia concebido sospechas desde el dia anterior, y este habia sido el motivo de aquella visita. Conocia, pues, ya el peligro, y no le restaba mas que conjurarlo, mas su causa era mala y muy difícil su posicion. Habia roto bruscamente con la condesa, y solo conservaba con ella

en público las relaciones de urbanidad, de que no puede prescindir un caballero: la corte que hacia á miss Trevor era notoria y conocida por todos, y la condesa habia perdido por culpa suya, reputacion, felicidad y sosiego; pero aun lo amaba, y este amor compensaba todo lo demás.

El marqués con la superioridad que esto le daba, y dueño de sí mismo, porque habia desfogado un momento antes su violenta cólera, puso en movimiento todos sus recursos, y ganó el juego, ó debió al menos creer que lo habia ganado. Pasó sucesivamente por todas las gradaciones, desde la amargura á la tristeza, de la tristeza á la melancolía, de la melancolía á la ternura, y de la ternura á los arrebatos mas ardientes de la pasion. Y como poseia la inestimable cualidad de sentir á medida que iba hablando, de formarse, por decirlo así, una verdad exclusivamente suya, facticia y real á un tiempo mismo; cada una de aquellas gradaciones llena de buena fe, cada una de aquellas palabras respirando franqueza, le prestaban una elocuencia irresistible; porque uno es fuer-

te cuando cree, y Rio-Santo creia.

Durante esta visita pasó el marqués verdaderamente por todas las gradaciones que separan la cólera de la pasion, y la condesa lo oia encantada, porque entonces revivia y recobraba su juventud, su esperanza, y su feliz amor. ¡Oh! ¡cómo hubiera rechazado en aquel momento á cualquiera que le hubiera querido arrancar el secreto de Rio-Santo!

Mas la elocuencia tambien es peligrosa, y está muy espuesta á escederse del fin que se propone. Los únicos que no se pueden equivocar son los retóricos, y un hombre de genio capáz de galvanizar la soporífera gravedad de la cámara de los lores, ó de hacer cesar las ruidosas conversaciones con que aturden los oidos los individuos de la baja, cometeria una indiscrecion, comprometeria su causa, y favoreceria la de sus contrarios. Pero por lo contrario, lord N. puede hablar dos horas seguidas en la cámara alta, sin perjudicar mas á sus amigos, que á sus enemigos, y el honorable M. podrá declamar tres sesiones seguidas contra los católicos de Irlanda, sin compromete-

ter á sus ilustres patronos, que lo aman y lo aprecian, como es razon apreciar, al hablador mas incómodo de los tres reinos.

Rio-Santo era elocuente y traspasó su objeto. Queriendo persuadir y ponderar su amor, llegó á decir que á veces combatian en su corazon con igual energía su ambicion, y su cariño á lady Ophelia: su ambicion, que él, no obstante, pintaba de propósito tan inmensa! su ambicion, á que daba este nombre único, pero que encubria en realidad otro sentimiento vivo, enérgico, implacable, que daba una magnitud verdaderamente colosal á sus esperanzas, proyectos y esfuerzos.

—En este momento, continuó diciendo, dudo y padezco mucho mas, porque sé que limitar mis proyectos sería matarme, pero me pregunto á mí mismo, Ophelia, si no sería mejor morir al lado vuestro, que vivir lejos de vos.

—Segun eso no la amais? dijo con viveza la condesa.

—¿A Mary?... ¡Pobre criatura!... ¿Quién no la ha de amar? contestó Rio-Santo afectando compasion;—yo quisiera

amarla como ella merece, señora, pero entre ella y yo está interpuesta vuestra imagen....

— ¡Si yo creyera que me amabais!... replicó la condesa con estraña espresion.

— ¡Creedlo, creedlo por Dios, Ophelia! exclamó el marqués con un acceso de passion repentina y verdadera; si el objeto que me propongo.... objeto que me arrastra y hace infeliz.... desapareciese algun dia de mi vista....

— ¿Volveriais á ser lo mismo que fuisteis para conmigo, D. José?

— ¿Pues acaso he variado yo, señora?... ¿qué quereis que diga para convenceros?... Volveria á vuestros pies.... ¿quién sabe?... curado quizás de la ambicion que me devora.

— Quizás.... repitió pensativa la condesa, ¿y seriais mio enteramente?

— Todo vuestro, señora.

Así continuó la conversacion tierna y dulce, y fueron pasando las horas; ¿y quién en el lugar de Rio-Santo no hubiera creido segura la victoria? La condesa, sin embargo, estuvo distraida desde este ins-

tante precisamente, absorviendo al parecer toda su atencion un pensamiento secreto, ya fuese esperanza, ó temor. Al fin dijo:

—Esta noche voy á Covent-Garden: me acompañareis, milord?

—Os conduciré hasta allá, Ophelia, porque estoy comprometido para el palco de lady Campbell.

—Por mas pequeña que sea vuestra oferta, la acepto, milord. ¿Me quereis aguardar un momento?...

Tiró en seguida de la campanilla, y presentándose Juana, le mandó preparar su tocador, y dejó solo á Rio-Santo en la sala. Este se recostó en un sofá, y se entregó insensiblemente á una de las agradables meditaciones que eran en él tan comunes; mas esta vez no divagó su imaginacion á la ventura, sino que la fijó un hermoso retrato de la condesa, de cuerpo entero, que habia en la pared.

Este retrato, de una semejanza singular, representaba á la condesa de veinte años, desde cuya época habia ella cambiado tan poco, que solo podia decirse que no estaba en aquella edad tan bien pareci-

da. La única diferencia que tenia en la actualidad era un ligerísimo semicírculo azulado debajo de los ojos, que en el retrato no dejaban percibir las frescas megi-llas de doncella. Lady Ophelia, ó mejor dicho, su retrato, tenia un pelo preciosísimo, rubio, fino, reluciente y como nacarado, que coronaba una frente no muy grande, pero de contornos sumamente delicados, y sus ojos, de un color difícil de distinguir, y sobre todo de pintar, eran nobles y dulces, y mostraban entonces una media tinta de melancolía bajo la agata ligeramente jaspeada de sus pupilas. El resto de sus facciones era un tipo perfecto de la hermosura inglesa, hermosura llena de dignidad y pureza, cuyo único defecto es la falta de gracia y espresion; pero este defecto no lo habia en lady Ophelia, cuya sola mirada hubiera podido dar espresion y atractivos á la mas insignificante fisonomía. Su estatura era regular, y parecia mayor á causa de la noble y graciosa actitud con que estaba representada; sus pies eran de francesa, y sus manos tenian la sublime perfeccion del modelo aristocrático.

Todo aquel conjunto, en que resaltaba enérgicamente el linage, la nobleza, era un exacto traslado del carácter de Ophelia, pues en su naturaleza, considerada en su estado normal, iba unida la distincion á una especie de firmeza llena de urbanidad y atractivo, que suele ser en Inglaterra el patrimonio del sexo femenino. Entre ella y miss Mary Trevor habia seguramente algunas remotas relaciones de maneras y de educacion, y el tipo de ambos semblantes era, en realidad, esa belleza británica, vaporosa y suave, tirando algo á lo ideal; pero además de la diferencia de edad, habia entre una y otra gran distancia. Mary era la debilidad misma; Ophelia la fuerza contenida; miss Trevor la niña cándida y apacible, que cedia antes de haber combatido; y lady Derby, aun despues de vencida conservaba su altivez natural, y cuando llegaba la ocasion sabia rebelarse de nuevo. Por lo demás, ni una ni otra tenian esos caracteres que pueden marcarse con precision, sino que podian cambiar segun los caprichos que alteran ó serenán los perfumados salones: Mary, siendo dé-

bil, podia algun dia, por casualidad, manifestarse fuerte, y lady Ophelia habia dado ya muestras de que podia ser débil.

Si nos hemos detenido á hacer esta comparacion, es porque Rio-Santo la hacia naturalmente en su interior al contemplar el retrato de Ophelia, pues aunque estaba todavia encantado con su reciente conversacion, no lo estaba tanto que le impidiese pensar en miss Trevor. El lector además se llevaria gran chasco, si tomara á la letra todas las espresiones que acababa de proferrir en el calor de la conversacion, porque el marqués mismo se habia engañado á sí propio cuando dijo á lady Ophelia, que solo la ambicion lo llevaba á los pies de miss Trevor, pues la amaba tal vez mas de lo que la habia amado á ella.

En cuanto á lo que llamaba su ambicion, era, como hemos dicho, un sentimiento vivo, enérgico, indomable, pero que tal vez merecia otro nombre; porque Rio-Santo habia concebido un plan vasto, tenia miras muy elevadas, brazo muy fuerte para alcanzar hasta donde ellas llegaban, y corazon todavia mas vigoroso que su

brazo. Nadie sabia lo que se ocultaba en el fondo de su alma: marchaba con firmeza y seguridad por senderos escabrosos: y los medios de que se valia eran estraños, por no decir otra cosa. En cuanto á si el fin era de tal clase que debiese escusar los medios, el lector á su tiempo podrá juzgarlo.

Despues de lo dicho es casi inútil añadir, que el marqués se habia escedido mucho al decir á la condesa: *Sabeis todos mis secretos*: porque la infeliz señora solo habia sorprendido, por casualidad, un eslabon de aquella larga cadena de misterios; y aunque este secreto aislado tenia por sí solo una inmensa y terrible importancia, no indicaba el camino de descubrir el resto. La condesa, pues, ignoraba, como todos los demás, sus proyectos, que él encubria con la palabra *ambicion*, que no escusa nada, pero que esplica; y creyendo comprender, sufría y lloraba.

Mientras que Rio-Santo fluctuaba entre dos imágenes encantadoras, que ocupaban su imaginacion á un mismo tiempo, ó alternativamente, lady Ophelia se ves-

tia muy de prisa, y apuraba á su camarera, admirada de ver atropellar así negocio de tanta importancia.

— Gracias, Juana, le dijo por último con el aire que quiere decir ¿has acabado?

— ¿No quereis peinaros, milady?

— No, Juana.

— ¿Y no quereis que os ponga siquiera algunas flores en vuestro hermoso pelo?

— No, Juana.... ¡Déjame ya!....
Aguarda.... tráeme al momento recado de escribir.

— Olvidais, milady que milord....

Ophelia la interrumpió con un gesto de impaciencia, diciéndole:--Despáchate pronto; y Juana se dió prisa á obedecer, y salió, echando sobre su ama una furtiva mirada de admiracion.

— ¡Es preciso!... ¡es preciso!... dijo la condesa entre dientes mojando la pluma en el tintero: no me acaba de decir que si llegaba á fracasar su proyecto....

Aquí se detuvo, y soltó la pluma, continuando despues de una pausa:

— ¡Dios mio! ¡no sé.... no sé qué hacer!

Apoyó en seguida la cara entre las manos, y despues de reflexionar un instante, cogió de nuevo la pluma y escribió rápidamente algunas líneas.

— ¡Le exigiré su palabra, dijo, su palabra de caballero! Frank tiene un corazon noble.... Yo haré que me prometa.... ¡Ah! sí, ¡es preciso!... yo no puedo vivir mas tiempo así: esta esperanza me vuelve loca...

— Cerró la carta, y puso el sobre: Al honorable Frank Perceval, etc., y dejándola sobre el tocador, se volvió al salon, diciéndole á Juana al salir:

— Lleva al momento al correo una carta que encontrarás en mi tocador.

A muy poco rato iba el hermoso tren del marqués de Rio-Santo desempedrando las calles en direccion de Covent-Garden. En el momento que éste se bajaba delante del peristilo del teatro, y ofrecia su mano á la condesa, le tocó un hombre en el brazo, y le entregó con disimulo un papel, desapareciendo entre la multitud. El marqués, al subir las gradas, lo desdobló, y pudo leer á hurtadillas: «izquierda, núm. 3.—Princesa de Longueville.»

—¡Ocasión única! dijo entre dientes;
la princesa hará su entrada en el mundo
como conviene.



27.

La pipa y el jarro.

EL teatro real de Covent-Garden, que está situado en la calle de Bow y confina por el Norte con la de Harte, es un gran edificio de mediano gusto, cuyo mérito principal consiste en no estar construido bajo la inspeccion del terrible é inevitable Mr. Nash, que es por cierto grande y afortunada casualidad. Porque este Mr. Nash, albañil incansable, ha reedificado, en efecto, la mitad de Lóndres, y

en todas partes se ve su inflexible escuadra en esas casas coloradas, derechas y erguidas, como los hombres á quienes incomoda la corbata; Mr. Nash es el rey del ladrillo, y el dios del nivel. ¡Quiera la Providencia que le sirva de mausoleo un castillo de naipes! ¡Pero acaso habrá muerto, y si así fuere, que se echen ladrillos sobre su tumba en vez de flores, y se hagan rogativas para que no envíe Dios al mundo otro que lo reemplace!

El teatro de Covent-Garden, aunque situado en los confines del barrio del buen tono, á igual distancia del Strand, de Holborn, y de la calle de Oxford, es muy poco concurrido, como casi todos los demás de Lóndres. La gente de la clase media va mas á la iglesia que al teatro, y en verdad que san Pablo vale infinitamente mas que Drury-Lane. La de buen tono y elegante concurre al teatro de la ópera italiana cuando no tiene otra cosa que hacer, porque este es el lugar privilegiado, y el único sitio bien admitido; pues una noche en Drury-Lane es una escepcion, una calaverada, una caravana, y una en el

teatro de Adelphi escede los límites de la rareza mas escandalosa. En cuanto á Covent-Garden.... allí se representan las piezas de Shakspeare, y á la verdad que ¿quién ha de querer ir á oír las rapsodias del viejo Will? El francés Jullien destina en la actualidad para baile la sala histórica de Covent-Garden, y Romeo, Macbeth, y Desdemona, han huido del rechinante caramillo del rival de Nusard! Este solo hecho es el que mas completamente caracteriza el estado del arte dramático en Inglaterra.

Pero en Lóndres tenemos alguna cosa mejor que todo esto: Shakspeare es bueno cuando mas, para la gente baja. Nosotros somos (y esto es tan innegable, que el inglés mas pacato andaria á puñadas con el que le sostuviera lo contrario) nosotros somos el pueblo mas civilizado del mundo. Por esta razon juzgamos con una lógica esquisita, digno de lástima cuanto se hace en nuestro pais, y solo admiramos los talentos exóticos; sin que esto nos estorbe para vanagloriarnos á cada momento de nuestra universal superioridad. ¡Orgullo

de palabras, orgullo grosero, necio, jactancioso! ¡Humildad de acciones, humildad voluntaria, humildad aparente! ¡Qué contraste tan ridículo! Hacemos el papel de aquel lord, que se alababa de tener el cocinero mas hábil del mundo, y se iba diariamente á comer á la fonda.

Nuestros cantantes son italianos, ó alemanes, ó franceses; nuestros bailarines franceses; nuestros artistas graban los cuadros franceses; aplaudimos las tragedias francesas que representa una actriz francesa; y llegará dia, si Dios no lo remedia, que traduzcamos á Shakspeare en francés para poderlo entender. ¡Y sin embargo de todo esto, detestamos á los franceses! Cuando en nuestras comedias ó dramas nacionales hacemos figurar á un francés, siempre es un miserable, un pillo, un cobarde fanfarron, un charlatan fátuo; y sea dicho sin ofender á nuestros compatriotas esto no puede estribar mas que en una razon: todo deudor detesta poco ó mucho á su acreedor. Lóndres debe á París: *inde iræ*.

En la noche de que hablamos se representaba en el teatro real de Covent-Gra-

den, una pieza alemana, porque sus actores habian cedido su lugar á una sociedad de artistas germánicos que debian cantar el Freyschutz de Carl Weber. Era, pues, una composicion estrangera, egecutada por estrangeros, y por lo tanto, la nobleza y el *gentry* (1) podian ir á admirarla sin comprometerse mucho. Desde las cinco y media habia ya gente en las inmediaciones del teatro; las tiendas de todas clases empezaban ya á encender luces, y dejar ver en lo interior sus parroquianos; y los agentes de policia empezaban tambien á presentarse con el distintivo de sus empleos en los sombreros forrados de cuero.

Cuando se encuentran en Lóndres los agentes de policia, es bien seguro que andan cerca los ladrones, pues parece que éstos persiguen á aquellos, pudiéndose asegurar que aquellos no persiguen á estos.

(1) La nobleza propiamente dicha, la componen en Inglaterra los lores y sus familias. Despues sigue el *gentry*, que comprende desde el Baronet hasta el simple hidalgo. Despues del *gentry* sigue el público.



Al norte del teatro, en la calle de Harte, principia otra ancha y corta que conduce á Long-Acre, y en todo lo largo de sus aceras, en Long-Acre, y en la calle misma de Harte, habia parados numerosos grupos de gente resguardándose, lo mejor que podian, de los grandes rayos de luz que despedian por allí los faroles de gas. De unos á otros grupos iban paseándose varias jóvenes muy bien vestidas, que despues de dar dos ó tres vueltas por las aceras, se iban á descansar en cualquiera de las tiendas, sentándose á veces, sin cumplimiento, sobre las rodillas de los parroquianos.

Al ver pasar por la calle á estas desgraciadas criaturas, merecian, al parecer, la calificacion de jóvenes que acabamos de darles, porque todas tenian aire de tales, pero al mirarlas de cerca en las tiendas, se veian muchas que estaban todavía en la infancia. Con ramerías consumadas se veian niñas de trece y catorce años prostituidas ya, de las cuales habia muchas con caras de ángel, facciones muy finas y ojos llenos de pudor, y varias entre ellas, que to-

avía conservaban algunos restos de vergüenza. Pero había diablillos de catorce años que podían dar lecciones á las ramerías jubiladas del continente, y otras que podían apostárselas con las *lorettes* parisienses, con esas sirenas, que nos ha dado á conocer del lado acá del estrecho el animado pincel del pintor francés Gavarni.

Bajando por la calle de Bow, y volviendo á Russell-Lane, á la derecha del teatro, se encontraba otro enjambre de gentes, que se asemejaba al anterior como los buboneros á los comerciantes. Los grupos allí se componían de hombres groseramente vestidos, ó con trages estrambóticos, y las mugeres públicas, cuya afluencia era mayor, si cabe, que en Long-Acre, y en la calle de Harte, iban llenas de relumbros de ningun valor. Estas también eran la mayor parte muchachas, pero estragadas y perdidas ya por la precocidad del vicio, y que habían indudablemente agotado muy pronto el poder de hacer mal que Dios dejó al hombre. Por allí las tiendas y casas públicas eran mas sombrías, mas raros los mecheros de gas, y menos

correcta la alineacion de las casas, con lo que todos los que tenian interés en ocultarse lo podian hacer con facilidad; cosa sumamente cómoda en las inmediaciones de un teatro para cierta clase de industria.

Enfrente, por último, del mismo coliseo, en una callejuela tortuosa que conduce á Drury-Lane, á la que dan el nombre de *pasadizo del teatro* los que á ella concurren, á pesar de no ser el propio suyo, fija su cuartel general otra clase de vagamundas, mal vestidas por lo comun y sucias. Su completa oscuridad estaba en perfecta armonía con su miserable aspecto, y hasta ella se deslizaban algunas veces, con la cabeza baja, y pegadas á las aceras, algunas pobres muchachas, cuyo trage no guardaba relacion con aquella cenagosa eloaca, ni con la inmunda sociedad que en ella se ocultaba. Tambien hay allí figones y tenduchos, porque esta clase de establecimientos abunda mucho en Lóndres, pero qué pocilgas, ¡Dios eterno!

Una de estas casas, situada á igual distancia de la calle de Bow, y de Drury-Lane, conservaba todavía cierto aspecto

decente, y como recordando mejores tiempos. En la fachada se veia un pedazo de muestra colgada de una reja carcomida por el orin: sobre el mostrador habia una docena de vasos rajados la mitad, y la otra en peor estado, y la sala comun, ó de recibo, aunque no tenia ya colgaduras, ostentaba en su lugar una tapicería completa de telas de araña. Por lo que hace al *Tap* solo era un monton de escombros producidos por la caída del cielo raso, y nadie entraba en él. Esta taberna, la mas decente del pasadizo, se llama *The Pipe and Pot* la Pipa y el Jarro.

En el momento de que hablamos, es decir, media hora antes de abrirse el teatro, no habia en ella mas que dos ó tres personas de mala facha, que bebian y fumaban en la sala comun. De vez en cuando entraba alguna pobre muchacha de las que acabamos de describir, y despues de mostrar á la escasa luz de un mugriento quinqué su rostro de niña envejecido y ajado, se volvia á salir para continuar su infame tráfico.

A medida que se aproximaba la hora de

empezar la representacion, iban llegando parroquianos, que tomaban en el mostrador un vaso de ginebra.

—Entrad, cuñado Mich, se oyó decir desde afuera á una vocecilla aguda y cascada, entrad delante. ¡Qué diablo! yo soy hombre que entiendo de cortesía.

Y enseguida atravesaron por delante del mostrador, y entraron en la sala comun, dos pareja bastante originales. Formaban la primera una muchacha como de unos trece años cogida del brazo de un robusto mozo como de cuarenta, que reunia en ella solo cuanto acabamos de decir de las prostitutas de corta edad, que son el mas degradante oprobio de Lóndres. Era enfermiza, delgada, y de una estremada palidez, mal disimulada con una capa grosseamente teñida de encarnado, y su cuerpo prematuramente detenido en su desarrollo por los excesos de todas clases, presentaba en pequeño los caracteres de una muger ya formada. Su ajada cara conservaba rastros de una belleza agostada en flor, pero tan desnaturalizada y marchita, que apenas eran perceptibles; sus ojos, cercados

de párpados colorados, miraban con la desenvoltura que nunca conoció el pudor; y su boca se abría convulsivamente para articular sonidos entrecortados y roncós. Llamábase Loo-la-Poitrinaire, y su acompañante Mich, que nada de particular tenía ni en sus maneras, ni en su figura, era meramente un vagamundo de Lóndres, que se había robustecido mucho á fuerza de vaca y cerveza, con el pelo rojo, y mejillas encendidas. Lo notable no estaba en él, sino en el contraste que formaba con su compañera Loo, que por mas que se estiraba apenas podia ir colgada de su brazo.

La otra pareja era el reverso de la medalla: una mugerona alta, con cara dura, insolente y ceñuda, y un muchacho muy pequeño, la componian. Iba ella vestida como las cargadoras del muelle, sombrero de muger, chaqueta de hombre y botas que se veian por debajo del zagalejo, bastante deteriorado que componia tan extraño uniforme, pues el sombrero en particular, aplastado en varias partes, indicaba la accion de las ráfagas de viento,

ó tal vez de fuertes puñetazos. Se llamaba Madge, pasaba ya de los cuarenta años, y fumaba en una pipa corta muy ancha; su acompañante no era otro que el pequeño Snail, hermano de Loo-la-Poitrinaire.

Aunque ambas parejas no fuesen muy brillantes, causó su entrada, sin embargo, gran revolucion en el personal de *La Pipa y el Jarro*. La tabernera Peg Witch, vieja feísima, como las que solo se encuentran en los cenagales de Lóndres, llamó á su sirvienta Assy, y se dirigió con ella al sitio en que se habian colocado los recién llegados.

— Buenas noches, vieja Peg, dijo Snail echándola de hombre de tono: á Dios, Assy-la-Rousse, salud á mi muger Madge, y á mi hermana Loo. ¡Voto á Sanes! ¡y á mi cuñado Mich!... Y traednos ginebra, cerveza y cuanto tengais en este burdel, ¡condenadas!... Yo pago....

— Está muy bien, mi pequeño señor Snail, contestó Peg saludando á todos.

— ¡Yo no soy pequeño! gritó Snail colérico, dando un puñetazo con su débil mano sobre la derrengada mesa, soy mas grande

que mi hermana Loo, que es la muger de Mich.... y Mich es hombre de cinco pies y medio.... Ginebra pronto, ¡hija del verdugo!

Peg volvió á saludar sonriéndose, y se marchó á servirlos.

Las reinas de tabernas no se suelen por lo comun rebajar tanto, sino que permanecen siempre inmóviles detrás del mostrador, mas la etiqueta era cosa desconocida en *La Pipa y el Jarro*, y Peg Witch por otra parte no era muger de tono, como miss Burnett, la de las *Armas de la Corona*, para gastar cumplimientos con sus parroquianos.

—¿Tienes sed, Loo? preguntó Snail.

—Siempre la tengo, contestó esta: dame tabaco, Mich.

—Oye, Mich; repuso Snail, te quiero proporcionar una ocupacion, ya que eres el querido de mi hermana, con quien hago las veces de padre, porque el nuestro, aunque hombre de bien, es un pobre diablo.

—No hables de padre, Snail le dijo Loo, cuya frente se arrugó algo, es un

hombre honrado.... dame tabaco, Mich.

— ¡Bien, Loo, bien!... Padre, será lo que sea.... Mas para Mich tengo yo un empleo en el bolsillo.... ¡Vamos, hermosa Madge, un trago á la salud de tu gaché!

Madge se quitó la pipa de la boca, y repitió con admiracion. — ¡Mi gaché!...

— ¡Qué bonita voz tiene esta chica! exclamó Snail tomándole á la cargadora su velluda barba; se parece al fagot de los guardias de caballería.... tu gaché soy yo, moua mia.... ¡Pues qué! ¿no es así?

— ¡Sí por cierto! contestó Madge volviéndose á llevar la pipa á la boca.

— ¿Y qué empleo es el que tienes para mí, pequeño Snail? le preguntó Mich.

— Si me vuelves á llamar pequeño, te saco el corazon.... ¿lo entiendes, cuñado?... Sí, te quiero dar un empleo.... ¿Sabes tú ladrar?

— ¡Ladrar! repitió Mich sorprendido.

— Si.... yo se maullar.... Escucha.

Y metió en seguida la cabeza debajo de la mesa, y se oyó un agudo y prolongado maullido, lleno de atroces cadencias cromáticas, habiendo sido tan completa la

ilusion, que Madge se puso en pie al instante, y Mich miró sencillamente debajo de la mesa, lo cual dió ocasion á Loo para apurar de un solo trago el vaso de su amante. Y no fue esto todo, sino que Peg y Assy-la-Rousse acudieron al momento armadas de escobas para ahuyentar al supuesto gato, que tan lastimosamente se quejaba; de forma que el triunfo de Snail no pudo ser mas completo.

— ¡Ginebra! bruja Peg, gritó éste; guarda tus escobas para barrer el sábado... Mi hermana Loo se ahoga de sed, y mi linda Madge tiene la garganta seca como... como cualquiera cosa.... ¡Venga ginebra!

— ¡Dame tabaco, Mich! dijo Loo, cuya cabeza se turbaba ya con la embriaguez.

— ¡Ya ves que sé maullar, cuñado Mich! continuó Snail. Dime tú ahora, ¿sabes ladrar?

— Eso no es ningun oficio, contestó el moceton encogiéndose de hombros.

— ¡Oh! ¿con que no es oficio!... Vaya pues, ¿cuánto ganas tú descargando barcos en el muelle?

— Dos cheniles, ¡por vida mia! es cosa sabida.

— ¡Dos chelines.... bueno!... ¿Y cuánto te produce tu oficio de ratero?

— Habla bajo, pequeño tuno.

— Yo no soy pequeño, ¡voto al diablo! tú si que eres un tuno gordinflon....

— ¡Cuánto te produce.... vamos!...

— Es segun.... pero siempre poca cosa.

— Bebamos, Mich, dijo Loo, y venga tabaco.

— ¡Poca cosa!... repitió Snail metiendo la mano en el bolsillo, y sacando las guineas de Edward y C.^a, añadió: pues bien, cuñado, mira lo que yo gano, sin contar los provechos.

— ¿Maullando? dijo Mich, cuyos ojos manifestaban grande asombro.

— Maullando, cuñado: maullando como los gatos por Enero.... Toma, querida Madge, te regalo una guinea.... ¡tó-mala!

Madge cogió dos sin darle las gracias.

— ¿Y á mí? le preguntó Loo.

— Á ti ya te convidó á beber.... con que, Mich, ¿qué te parece?

—Que me alegraría mucho saber ladrar, Snail.

—Pues es preciso que aprendas... ¡Ya lo ves, en lugar de pegarle á la pobre Loo cuando no te lleva una corona de noche, tendrías con que darle un vaso de ponche de huevo caliente para el pecho, que mata á la pobre chica!

En estas palabras se notaba un cierto acento de sensibilidad natural del pequeño Snail, que muy pronto recobró su aire fanfarron, con el cual dijo á su cuñado:

—Luego que sepas ladrar, conseguirás por mi proteccion el empleo de Saunie el escocés.... ¿Conocias tú á Saunie, el primer amante de Loo? Hoy ha muerto... por un accidente.

—¡Ha muerto! exclamó Loo con voz muy ronca; ¡y ya no hay ginebra!

—¡Trae ginebra, bruja! que mi hermana tiene sed, y necesita humedecer su enfermo pecho. ¿Estamos de acuerdo, Mich?

—Convencido.... contestó este; yo reemplazaré á Saunie.

Trajeron mas ginebra, y los cuatro be-

bieron, fumaron, y volvieron á beber, por mas de un cuarto de hora. Pasado este tiempo se oyó movimiento en la calle, y Snail levantándose dijo:

— Ya se abre el teatro. ¿Vienes Mich?

— Vamos, Loo, gritó este último; ¡levántate, perezosa, levántate y á trabajar! Loo entreabrió sus ojos turbados, los volvió á cerrar, y dejó caer la cabeza sobre la mesa, y señalando su descarnado y palpitante pecho, dijo entre dientes:

— Me estoy abrasando, ¡aquí, aquí!

— ¡Pobre Loo! exclamó Snail conmovido. Yo te daré dos chelines por su trabajo de esta noche, Mich.... ¡déjala estar aquí!... ¿Peg, hechicera? tráeles ginebra á la linda Madge y á Loo, cuanta pidan.... ¡y qué el diablo te lleve á ti, vestiglo!

En seguida salieron precipitadamente de la taberna Snail y Mich, y tomaron el trote por la callejuela hácia el teatro, al frente del cual llegaron en el momento que se abrían las puertas.

XVI.

Inventario de bolsillos.

QUANDO Snail y Mich, su cuñado, llegaron enfrente del teatro de Covent-Garden, habia cambiado la escena completamente de aspecto. Toda la concurrencia de las tabernas, y todos los diversos grupos, diseminados antes por Long-Acre, la calle de Harte, Russell y Before-Lane, se habian agolpado á un tiempo delante del teatro, reinando una confusa baraunda entre aquella multitud, cuya mas

pequeña parte era la de los verdaderos espectadores. La mayor se componia de rateros y agentes de policia, los unos trabajando, y los otros mirando con la imperturbable calma, tan comun en los dependientes de policia de Londres.

Aquello era una confusion, un desorden tan extraño, que apenas parece creible que pueda existir en una ciudad civilizada, y los ladrones trabajan allí con una destreza sin igual, y sobre todo, con un tiento admirable. Los pañuelos mudaban de bolsillos como por encanto; las monedas caian de las faltriqueras en manos dispuestas á propósito para recibirlas, y los relojes se escapaban con sus cadenas, sus sellos y hasta sus llaves.

En el momento de abrirse las puertas del teatro, entra la multitud, el público, lo que en otras partes se llama la plebe. Debajo del átrio solo se ven tenderos honrados en compañía de sus mitades, y el curioso lector hubiera podido reconocer allí, con cierta satisfaccion, de que nosotros participamos, á **mistriss Crubb**, **mistriss Black**, **mistriss Brown**, y tambien á

mistriss Bloomberry, y quizás andarian tambien perdidas por entre aquella confu- sion mistriss Dodd y mistriss Bull. Ello es, que mistriss Foote y mistris Cross- cairn, las andaban buscando con afan sin poder encontrarlas. Por lo demás podemos asegurar, que estas ocho honradas matronas debieron no olvidar en mucho tiempo la representacion de la pieza alemana, por- que sus ocho cajas de tabaco pasaron á po- der de los atrevidos rateros, que las atra- paron sin meter ruido. Snail, por su parte, recogió dos, que le sirvieron para mante- ner sus amistosas relaciones con la graciosa Madge.

Pero á fe que habia allí además otras va- rias personas, que tambien conocemos, y sino, repárese en aquel hombre que se mete por lo mas apretado de la concurren- cia, como una culebra por un zarzal, ma- niobrando sus manos con una celeridad prodigiosa. Pero ¿á dónde diablos mete tantos objetos como se apropia? A nada le hace asco: pañuelos de seda, de algo- don, relojes, faldones de casaca que corta sin que su dueño lo advierta, todo le hace

al caso, para todo encuentra sitio, y sus manos, que se llenan sin cesar, siempre están vacías.

Obsérvese bien: allí está un agente de policía de mala cara, que lo sorprende en el acto, que lo coge *in fraganti*, y nuestro hombre se vuelve y le dirige una amable sonrisa, diciéndole muy atentamente:

— Me alegro mucho de encontraros, señor Standeufts; supongo que mistriss Standeufts continúa buena, como yo deseo.... Ocho dias hace que os ando buscando para haceros una corta espresion.

El de policía se sonrie tambien, alarga la mano, y recibe una moneda, que hace desaparecer con tal destreza, que se acredita de ladron consumado.

— ¡Vaya, buenas noches! añade nuestro hombre, y mis respetos á mistriss....

Prosigue en seguida tranquilamente su interrumpida tarea, y coge de éste y del otro, y no para. ¿Quién será, pues, este perillan, y en qué profunda cavidad esconde el producto de su piratería! ¡Ah! ¡qué otro podria ser, lector amado, mas que nuestro amigo Bob-Lantern, que tiene

cinco bolsillos en el paletot, cuatro en el pantalon, tres en el chaleco, y no sabemos cuántos en la camisa! ¡Quién sino Bob, que gana como puede la vida, y trabaja para Templanza, el pedazo de su corazon, que muchos lores quisieran para sí, y que tiene cinco pies y seis pulgadas de alto lo menos! ¡Cuesta sumamente caro mantenerse, y á Bob no se le presentan todos los dias piezas alemanas!

Tambien se dejan ver acá y acullá algunos de nuestros alborotadores del escritorio de Edward y C.^a, pero casi todos vestidos de dia de fiesta, y acompañados de sus mancebas, están bebiendo en las tabernas inmediatas con las guineas de Mr. Smith. Pero en ninguna parte se descubren las anchas espaldas, y el elevado cuerpo de la hermosa Templanza. Templanza, modelo perfecto de fidelidad conyugal, comparable con Penelope y Creusa, y superior á Lucrecia, no se mezcla con la multitud, sino que se está sola bebiendo una cantidad increíble de cerveza en la ardiente atmósfera del sótano de san Gil. Allí está bebiendo la virtuosa esposa, porque este es su único

é inocente pasatiempo, y nadie podría obtener sus favores á cambio de un trono, pero con un vaso de *Old-tom*, se introducía ciertamente la discordia en la familia de *Bob-Lantern*.

De los ladrones y rateros pasemos ahora al público. En lo mas fuerte de aquella barahunda se descubria una cabeza enjuta y larga, que sobresalia al menos cuatro pulgadas por encima de las demás, cabeza grave, sostenida por un corbatin de cerda, y encajonada entre dos hombres cubiertos por un frac azul. Esta cabeza era la de nuestro antiguo amigo el capitán *Paddy O-Chrane*, que acababa de beber un vaso de ponche preparado con todos los requisitos precisos por la muchacha que reemplazó á *Susana* en la taberna de las *Armas de la Corona*. Su trage era frac azul, y pantalon de gamuza amarilla, porque iba de conquista, acompañando á la señora *Dorothy Burnett* en persona, á quien no era posible ver, porque quedaba su ancha y encendida cara una cuarta mas baja que la superficie que formaba la gente, pero no hay duda que estaba allí asida del brazo

del capitan, que apenas podia contener los impetus de su natural arrogancia.

La gente iba entrando en el teatro, pero muy despacio, y los rateros tenian todo el tiempo necesario para verificar, á su placer, su recoleccion. El capitan entretanto le decia á su compañera:

—Paciencia, mi querida mistriss Burnett; paciencia por Dios, Dorothy; dentro de breves instantes nos repanchigaremos en dos buenos asientos de galería que he tomado, que el diablo me lleve, Dorothy, sino me han costado dos chelines cada uno.

—¡Oh, Paddy! ¡oh! Mr. O-Chrane murmuró la señora Burnett; yo me ahogo: de buena gana daria seis peniques por respirar un poco de aire libre.

El capitan, cuya cabeza recibia de lleno todo el ambiente de la noche, que no podia llegar á su desgraciada pareja abismada entre la gente, respiraba libremente y á su satisfaccion, y así le replicó:

—¿De dónde diablos sacais que aquí no corre el aire, Dorothy? ¿No os silba el

viento en los oídos?... ¡Ah miserable bribon! te he pillado.

Estas últimas palabras se dirigian á un perillan, á quien le acababa de coger la mano metida en su bolsillo. El se la tenia sujeta, pero no podia volverse á causa de la presión del inmenso gentío que lo rodeaba, por lo que dijo á los que tenia detrás:

—Señores: obrad como cumple á buenos ingleses. Detened á ese bribonzuelo, que no sabe su oficio: ¡lléveme el diablo!

Nadie hizo caso de este llamamiento, según costumbre, porque en Lóndres se observa con inflexible rigor la máxima de que *cada uno para sí*.

—¡Dorothy! exclamó el capitán, á quien le empezaban ya á flaquear las fuerzas, ¡soltadme el brazo, ó que Dios os confunda! y ayudadme á coger á este bandido.

Mistriss Burnett trató de volverse, pero no pudo hacer mas que dar un resoplido como las máquinas de vapor; y el pilluelo entretanto, gastando por una presión continua la fuerza del puño de Paddy, logró al fin hacerle soltar la presa, y se escurrió.

El capitán registró al momento su bolsillo, y dijo en voz baja:

— El bribón no ha errado el golpe!... Solo al pícaro de Bob conozco, que sea capaz de tanta sangre fría.... ¡caramba! y justamente tenía yo que hablarle.... sabéis, querida mía, que me han robado el pañuelo.

— Señor O-Chrane, contestó la tabernera, ¡yo me ahogo!

— Que el diablo os.... es decir, amiga mía, lo siento entrañablemente.... ¿Sabéis, querida, que el pañuelo me había costado media corona en Field-Lane?

— Pues señor O-Chrane, Dios os ha castigado, porque todos los pañuelos que se venden allí son robados.... ¡Ay! ¡que me ahogo!... si los comprarais en las tiendas de gentes honradas, como por ejemplo, en la de mi prima La-Crubb, ó en....

— ¡O en casa del diablo, señora! replicó el capitán.

— Yo me ahogo, amigo mío, volvió á decir mistriss Burnett.

El capitán Paddy O-Chrane y su pareja

subian en este momento la última grada del átrio, y por consiguiente llegaba á su fin el suplicio de la sofocada tabernera. Muy luego iba á respirar la atmósfera espesa y caliente que se desprende de un patio atestado de gente para subir á la parte superior, y esta perspectiva la consolaba, como dicen que cura el mareo la vista de la tierra. Así que subieron al pórtico, se estiró el capitán cuanto pudo, que no era poco por cierto, y miró con inquietud á su alrededor, mas no vió sin duda lo que buscaba, porque refunfuñó algo, se estiró el corbatín, y se apoyó sobre las puntas de los pies. En esta postura, en que se asemejaba á un palo que se ha quedado olvidado y derecho en la tala de un bosque, echó otra nueva mirada en derredor, que no tuvo mejor éxito que la primera, hasta que volviéndose á dejar caer pesadamente sobre los talones, murmuró entre dientes:

—Es cosa verdaderamente chocante, bajo mi palabra, chocante, ¡lléveme el diablo!... Está visto, no hay por aquí uno solo de los bribones que busco.... ¿Y á

quién diablos quieren que yo me dirija sino á esta honrada gente?

—Ya siento un poco de aire, señor O-Chrane, dijo mistriss Burnett.

—Muy bien, Dorothy, muy bien.... En cuanto á mí, lo que siento es todavía otra mano en mi bolsillo, pero juro á todos los diablos que esta no se me escapará.

El capitan habia asido, en efecto, la mano de otro segundo ratero, y se la apretaba vigorosamente, al mismo tiempo que se oyó á su espalda un maullido que denotaba dolor é ironía á la par, y en seguida se le clavaron en los dedos dos dientes agudos como los de un sollo.

—¡Snail, maldito gato! exclamó el capitan haciendo violentos esfuerzos para volverse; ¡te juro por el infierno, que sino me sueltas la mano, te he de retorcer el pescuezo!

—Vaya, vaya, capitan, respondió Snail, despues de darle otro segundo mordisco: no os dá vergüenza de venir al teatro sin pañuelo?... Bajaos y os diré una cosa.

—¡Que me muera de repente, si ese maldito bicho no me ha hecho saltar la san-

gre! murmuró Paddy, bajando no obstante la cabeza para escuchar, y añadió:—
¿Qué me tienes que decir, Snail?

—Tengo que deciros, capitán... Calla! ¿no es esa *mistriss Burnett*, la de las *Armas de la Corena*? ¡No teneis mal gusto, señor O-Chrane!... Tengo que deciros.... ¡Caramba! y que sofocada está *mistriss Burnett*, capitán!

—¡Me ahogo! volvió á decir maquinalmente la tabernera, á quien una nueva oleada de gente dejó casi asfixiada.

—¡Que se ahoga, capitán! repuso Snail, á los que se ahogan se les dan golpes en las espaldas.... esto cualquiera lo sabe.... Y sacudió en seguida á su placer las anchas espaldas de la tabernera.

—¡Ah! ¡señor O-Chrane, por Dios! murmuró esta, sofocada á un mismo tiempo por la falta de respiracion, y la rabia.

La gente que presenciaba esta escena, se reía á carcajadas.

—¡Vamos! dijo Snail, la respetable señora parece que se encuentra ya mejor, y tiene que darme cuando menos un vaso de ginebra gratis.... En cuanto á vos, ca-

pitan , añadió bajando la voz , tengo que deciros , que esta noche habrá seguramente jaleo.

— ¿ Y cómo sabes tú eso , bellaco ?

— Lo sé.... y otras cosas mas , capitan ; pero la jarana de esta noche tenedla por cierta.... Todos los amigos están bebiendo y haciendo el amor en las tabernas de Drury-Lane , y la calle de Bow. Turubull muge como un buey en la del lado del cuerpo de guardia , y traga como un tonel á la salud de sus amigos.... Ha habido reunion en grande , y apostaria yo á Madge contra mistriss Burnett , á que esta noche vamos á bailar en toda forma.

Paddy y la señora de sus pensamientos llegaban ya casi á la puerta del teatro , cuando el capitan dijo en voz muy baja :

— Bravo , bravo , buena alhaja ; puede ser que tengas razon . ¡ Qué diablo ! mejor estaria mistriss Burnett detrás de su mostrador , que aquí.... pero en fin , ¡ qué le hemos de hacer ! si hay baile , bailaremos .

— A Dios , capitan , pronto nos veremos , repuso Snail ; no me enfado con vos

porque hayais olvidado el pañuelo.... Mis respetos á mistriss Burnett.

— ¿Y adónde vas ahora?

— Me voy á la *Pipa y el Jarro*: si me necesitais, allí me encontrareis con mi muger Madge, mi hermana Loo, Mich, y algunos otros.

— ¡Bravísimo, Snail, bravísimo! ¡que el diablo te lleve, hijo mio!... Vamos, querida Dorothy, entremos si gustais.

Dorothy no deseaba otra cosa, y soltando un momento el brazo del capitan, atravesó el umbral de la puerta. Paddy la iba á seguir, mas estaba escrito que aquella noche habia de estar llena para él de estraños sucesos, pues en el instante en que pasaba junto al quicio de la puerta, se apoyaron dos manos bruscamente sobre sus hombros, y una voz desconocida le dijo en tono muy bajo:

— Os prohibo que intenteis reconocerme, *caballero de la noche*.

Paddy se quedó como una estatua, y la gente que continuaba entrando lo separó de mistriss Burnett, á quien perdió enteramente de vista.

— ¿Conoceis á lady B.... la querida del duque de York? le preguntó el desconocido.

— Sí, milord.

— Pues si viene al primer acto al palco de S. A. R. bajareis al salon de descanso así que se corra el telon. Allí se os acercará un hombre, y os dará el santo. Haced lo que os diga.

— Bien, milord.

— Si no viniere al primer acto, esperareis al segundo, y si no viene tampoco al segundo, esperad sin embargo....

— Bien está, milord.... ¿y qué tendré que hacer, si es posible saberlo?

En aquel momentó cesaron de apoyarse las manos en los hombros de Paddy, quien continuó murmurando:

— ¡Y se ha marchado sin responderme! Daria dos chelines por verle la cara á ese misterioso bribon.... que respeto como debo. ¡Siempre con secretos! Yo no soy curioso, pero sino fuera porque milores de la noche tienen mas poder del que se necesita para ahorcarme, ya encontraria medio de ver muy claro todo esto.

— ¡Paddy! ¡señor O-Chrane! exclamó una voz dolorida bajo el peristilo interior del teatro.

— Bien, Dorothy, prenda mia, contestó el capitán. ¡Qué diablo! También necesita uno atender á sus negocios.

Y el buen Paddy entró y se reunió con su pareja, sin atreverse á volver la cabeza para conocer al dueño de la voz misteriosa que le acababa de hablar en secreto.



XVII.

El turno de los carzuages.

LA gente habia entrado ya, y empezaba á caer una lluvia menuda y fria, que solo habia dejado algunos agentes de policia en la puerta del teatro; y los rateros se habian vuelto á sus tabernas á vender los objetos robados, bien entre sí, ó á muchos encubridores que solian acudir á aquella tenebrosa feria. Bob-Lantern vendió en dos chelines el pañuelo del capitan, y Snail sacó tres coronas por el broche de

mistriss Burnett, que le habia quitado con suma destreza mientras hablaba con Paddy.

En casi todos los teatros de Inglaterra hay tres diferentes entradas: la primera es la del público, que tiene lugar al abrirse las puertas, y la segunda se hace media hora despues, en que la nobleza llega en coches, y hay una confusion de carruages muy semejante á la que habia habido poco antes de personas. Esta tiene muchos atractivos para la gente de ñña, porque indudablemente vale mas registrar un bolsillo de la nobleza, que veinte del pueblo, pero en cambio son tambien mas grandes las dificultades, y la mayor parte de los raterillos no abandonan sus guaridas al oír el ruido de los carruages.

Al principio no se puede decir que hay confusion, porque ni hay aprietos, ni empujones. Los lacayos además llevan todos unos látigos largos y flexibles, con que suelen calentar las espaldas á los pillos sospechosos con admirable facilidad; y los agentes de policia, tan indolentes y apáticos cuando se trata del público, se muestran

muy solícitos para proteger la aristocracia. No debe, sin embargo, darse mucha importancia á este último obstáculo, porque los dependientes de policía, dormidos ó despiertos, apáticos ó diligentes, son casi siempre inútiles. Nada de esto obsta para que algunos rateros, por lo comun muy jóvenes, atrevidos y diestros en extremo, y á quienes dos ó tres años de residencia en Newgate no han enseñado todavía á despreciar la máxima caballeresca de que «yenciendo sin peligro, se triunfa sin gloria,” algunos raterillos imberbes, decimos, se aventuran entre los carruages, se acercan con cualquier pretexto á los caballeros, advierten á las señoras que se les cae alguna cosa.... y logran apoderarse de un adorno, de un pañuelo, ó de un reloj, á costa siempre de un decente número de latigazos. Inútil será decir, que Snail ocupaba un lugar muy distinguido entre estos aventureros.

La tercera entrada, por último, la entrada en que se paga la mitad del precio, es un privilegio reservado á las clases mas bajas de la sociedad, y tiene lugar entre

nueve y diez, y de ella nos ocuparemos mas tarde.

Uno de los primeros carruages que pararon delante de Covent-Garden, fue el coche de lady Campbell, y ella y su sobrina miss Mary Trevor, bajaron de él sin ningun obstáculo, y subieron las gradas del peristilo.

— ¡Adelante, cochero! dá la vuelta.... vuelve, te digo, belitre! gritó desde el interior de otro carruage una voz atiplada y tartajosa; ese tunante es capaz de dejar que se nos adelante ese tilbury plebeyo; hablo con formalidad, hermosa mia.

Se abrió la portezuela, cayó el estribo, se apeó pausadamente el vizconde de Lantures-Luces, y alargó la mano.

— Vizconde, se me ha perdido el pomito, gritó desde el carruage una voz muy baja y timbrada.

— ¡De veras, hermosa, de veras! contestó el vizconde, y de un brinco entró en el carruage, y encontró el pomito, y se volvió á bajar, y alargó otra vez la mano.

— Estoy segura, vizconde, añadió la

misma voz, de que habeis perdido mi abanico!

El vizconde volvió á subir, y tuvo la suerte de encontrar tambien el abanico.

— ¡Vamos, *diva mia!* os suplico me deis la mano para bajar.

— Vaya que esto es atroz, vizconde, exclamó ella con petulancia; mi pañuelo ha desaparecido.

Lantures-Luces, con una paciencia en verdad admirable, brincó por tercera vez al carruage, y entregó el pañuelo á una señora que estaba sentada en la testera. Pero no hay mal que por bien no venga: á no haber sido por estos incidentes, el reloj y cadena del vizconde hubieran pasado al bolsillo del pequeño Snail, que ya les tenia echada la uña.

— Por fin, encantadora criatura, ¿podré conseguir que me deis vuestra linda mano?

— ¡Adelante, *God-by!* gritó el cochero del tilbury que esperaba el fin de aquellos cumplimientos para desembarcar su gente. Esta, segun parecia, no estaba menos impaciente que el cochero, pues uno de ellos le quitó el látigo de la mano, y sacudió

tan fuerte latigazo á los caballos del coche de delante, que se conocia venir de un brazo muy firme. Los caballos echaron á andar sin que el cochero del vizconde pudiera impedir que dieran dos ó tres pasos, y dejaran la entrada libre, y la señora empezó á dar gritos espantosos.

—¿Qué teneis, hermosa mia? ¡qué teneis *mia cara*! exclamó Lantures-Luces; y dirigiéndose en seguida al del tilbury, añadió:

—Caballero, sois un animal, hablo de veras: ahí teneis mi targeta, caballero, y la arrojó al tilbury.—No os asusteis vida mia, y hacedme el favor de darme vuestra linda mano.

Esta vez la señora accedió, por fin, á la súplica del francesito; puso su mano con guante en la del vizconde, y empujando el estribo con tal fuerza que hizo bambolear el coche, saltó de un brinco á uno de los escalones superiores de la entrada á tres pasos de Lantures-Luces.

Un grupo de elegantes que se habia reunido en el pórtico, empezó á palmotear, diciendo:—Bravo, bravo, por la Briotta!

— ¡Encantadora! murmuró el vizconde aturdido: palabra de honor que es encantadora! hablo de veras.

Snail, mudando de táctica, tiró suavemente de un cordon de seda de que pendia el lente del vizconde, y se lo sacó fuera del bolsillo. Al mismo tiempo se habia bajado el del tilbury, y hablaba tranquilamente con el cochero, y la Briotta, jóven loca y ligera, de un brinco fue á parar en medio de un corro de elegantes.— ¡Caramba con ella! dijo Lantures-Luces, á quien Snail acababa de robar el antejo sin que lo sintiera, por lo ocupado que estaba con su coqueta *diva*.

Posesionado ya Snail de su presa, trató de escurrirse, pero un agente de policia, con el baston levantado, le cerró el paso; y por otro lado el del tilbury se aproximaba con gravedad á Lantures-Luces, para pedirle sin duda satisfaccion por su apóstrofe; pero hé aquí lo que sucedió. El dependiente de policia cansado ya y fastidiado de las morisquetas de Snail, que procuraba escapar inclinándose ya á un lado, ya á otro, dejó caer por último su

pesado baston con puño de plomo: Snail hurtó el cuerpo maullando, y el baston cayó de lleno sobre las espaldas del del tilbury.

— ¡Goddan! exclamó estúpidamente el de policía.

El otro se volvió, dió un paso atrás, y levantó los puños á la altura de los ojos: el empleado se disponia á sostener el combate; pero el farol de un coche le dejó ver la fisonomía de su adversario, que conoció por casualidad, y huyó de él como si hubiese visto al diablo.

— ¡Ah! exclamó Lantures-Luces, si es mi querido Brian de Lancaster.... Vive Dios, señores, ¿se habrá visto jamás cosa mas graciosa? ¡Caramba! ¡el agente de policía corria dándose en la espalda con los talones! Amigo Brian, quisiera saber reñir, como vos, á puñetazos, para castigar á un villano, que acaba ahora mismo de dar de latigazos á mis caballos, y por poco estrella á nuestro ídolo, Briotta la *diva*!

— Cabalmente he sido yo, dijo Brian, componiéndose el frac.

—Pues en ese caso no hablemos mas de ello, querido mio, se apresuró á decir Lantures-Luces, ¡qué diablos! somos bastante amigos para que podais.... Y empezó en seguida á hacer piruetas.

—¡Buenas noches, Brian! exclamó la italiana, saliéndose de entre el grupo de elegantes para aproximarse á donde este se hallaba; no hay sugeto mas elegante que vos en todó Lóndres, amigo mio.... ¿venis á verme bailar?

—No es lisonja, murmuró Lantures-Luces, no es lisonja, palabra de honor!

La bailarina y Brian se apretaron las manos, y en seguida le dijo este:

—No vengo por nadie, vengo por mi gusto.

—No es muy cortés, no es muy cortés, dijo para sí el vizconde.

El grupo de petimetres acogió con entusiasmo á Brian de Lancaster, y la bailarina dejó plantado al vizconde que la habia traído, para irse de bracero con aquel, que aunque habia venido en tilbury de alquiler, parecia ocupar una magnífica posición entre los elegantes.

Brian era hombre como de unos treinta y cinco años, delgado, pero bien hecho, de estatura mas que mediana, suelto de cuerpo, y cargado de espaldas. Sus facciones estaban bien modeladas, y sus contornos, que parecian cincelados, presentaban el compasado y glacial aspecto de la raza inglesa pura; pero sus ojos como verdes veteados de negro tenian una audacia, que casi rayaba en descaro, y algo de buriones, en oposicion directa con la expresion ordinaria de la mirada inglesa. Su frente, por último, ancha y noble, realzaba en gran manera el efecto de esta fisonomía, que suavizaba un hermoso pelo rubio, fino y naturalmente rizado, al que no habia tocado nunca el indigno hierro del peluquero. No podia decirse en rigor que fuese un hombre hermoso, pero cierta clase de mugeres lo calificaban de encantador, lo cual vale algo mas, y otras, á quienes su posicion social las obligaba á ser discretas, pensaban lo mismo, sin decirlo. Pero todo el mundo lo reconocia por hombre enérgico y atrevido, como lo indicaba su semblante, y era fogoso además, á pesar

de su fría exterioridad, y fogoso hasta la pasión, pero por intervalos y por capricho: en una palabra, y para decirlo de una vez, era un hombre original, un hombre escéntrico.

Quién sabe cuántas páginas estudiadas, concienzudas y elocuentes necesitaríamos escribir, para explicar, aunque solo fuese en compendio, el cúmulo de ideas que comprende esta palabra tan poco eufónica y mal sonante como hombre *escéntrico*. Los lectores que se dignen seguir al honorable Brian de Lancaster, conocerán todo lo que ella representa, mas bien observando su carácter, que con la mejor disertación.

Lantures-Luces, los petimetres, Brian y la bailarina entraron juntos; y esta se fue por la puerta reservada á los artistas.

En este momento paró delante del peristilo del teatro el coche en que venia lady Ophelia; y el hombre que habia hablado al oido á Paddy, y que oculto detrás del ángulo saliente de una casa, parecia espiar la llegada de alguno, escribió apresuradamente con lápiz unas palabras

en una hoja de un libro de memorias, y la entregó con un chelin á un aventurero de los que por allí vagaban, dirigiéndolo á Rio-Santo que bajaba del coche, y con quien ya sabemos cómo desempeñó su comision. La princesa de Longueville, y su tia la duquesa viuda de Gevres, habian llegado poco antes.

Estaba ya para concluirse el primer acto, y el teatro presentaba aquella noche un aspecto brillantísimo, porque los palcos, que por lo comun estaban desiertos, ó mal ocupados, ostentaban aquella noche magníficos adornos, y hasta en las galerías habia gente muy decente. Pero creemos indispensable para la mejor inteligencia de lo que va á seguir, dar algunos pormenores sobre la colocacion respectiva de nuestros personajes.

En el primer palco de la izquierda junto al proscenio, que equivale á los de tornavoz en nuestros teatros, y era el de S. A. R. el duque de Yorck, no habia nadie: en el inmediato estaban lady Campbell y su sobrina, y en el que le seguia la princesa de Longueville y su tia. En el

lado opuesto ocupaba el primer palco lady Ophelia con Rio-Santo; el segundo lo tapaba una gran pantalla; y en el tercero habia unas señoras. En los palcos del frente se veian pocas personas conocidas, pero en uno de ellos estaba un caballero pálido, displicente, y de aspecto desapacible, ocupado en mirar atentamente al cielo raso sin hacer otra cosa, que era cabalmente el conde de White-Mauor, hermano mayor de Brian de Lancaster, y amo del honrado mayordomo Paterson, el de los negocios con Bob-Lantern.

En los palcos de platea de la izquierda habia uno formado de dos corridos, debajo del duque de Yorck, en que se hallaba el vizconde de Lantures-Luces con los elegantes reunidos en el peristilo, de que hablamos antes. Y por último en las galerías superiores, el buen capitan Paddy O-Chrane, tieso y estirado, descollaba su cabeza dos palmos y medio lo menos por encima del pelo lleno de pomada de mistriss Burnett, cuyo vestido suelto, gracias á Snail que le habia robado el broche, dejaba ver sus poco agradables y protuberantes formas.

Paddy, aunque contestando á las preguntas de su pareja sobre la representacion y los actores con la atencion propia de un irlandés galante, y bien educado, no perdía de vista un instante el palco del duque de Yorck. Este continuaba desocupado, y el buen capitan se complacia con la idea de poder pasar el entreacto en agradable coloquio con su tabernera, mas en el momento de caer el telon, se abrió la puerta con estrépito, y entró lady B.... cubierta de diamantes, y asestada por los cruzados rayos de cien anteojos elegantes. Paddy entonces dió un profundo suspiro, y dijo:

— Querida mistriss Burnett; ¿no comeriais con gusto una naranja para refrescaros?

— ¿La teneis ahí por ventura? contestó esta.

— ¡No, pero la iré á buscar, señora, aunque el diablo lo estorbe!

Y diciendo y haciendo, se fue precipitadamente, dejando sorprendida y estupefacta á su pareja, que no pudo dejar de murmurar entre dientes:

— Este buen Señor O-Chrane tiene la mejor pasta del mundo; pero hubiera yo preferido un vaso de rom.

En lugar de dirigirse Paddy á buscar las naranjas, se fue derecho al salon de descanso, y apenas entró, un hombre desconocido para él, se le puso delante examinándolo de pies á cabeza, y exclamando despues de su exámen:

— ¡Capitan Paddy! le tocó suavemente en el pecho con el dedo índice estendido, y le dijo: *caballero de la noche*.

Paddy bajó respetuosamente la cabeza, y el desconocido lo condujo al hueco de una ventana, donde hablaron por espacio de algunos minutos.

— En todas las tabernas de las inmediaciones hay *hombres de la familia*, dijo el capitan; yo encontraré lo que necesitais.

— ¡Un hombre diestro, sagáz!... repuso el otro.

— ¡Un águila!... replicó el capitan, perded cuidado, milord.

El desconocido le recomendó la importancia del secreto llevando el dedo índice

á sus labios, y se retiró. Paddy exhaló otro segundo suspiro, diciendo:

— ¡Qué diantre! cuánto mejor estaria mistriss Burnett detrás de su mostrador, que aquí!... Pero esta sí que es otra!... ¿á quién elegiré? al sucio y miserable Bob-Lantern, ó al chico querido, al pequeño Snail.... ¡diabólica criatura!.. ¿A quién elegiré?...

Así que concluyó la representacion, hubo en el teatro un movimiento general, acompañado de murmullos; la gente del patio empezó á hablar; en las galerías se armó la animada y ruidosa conversacion de siempre; y en los palcos, en fin, empezaron tambien las visitas de unos á otros. Solo la pobre mistriss Burnett se hallaba aislada y sola, sin poder comunicar á nadie las impresiones que le habia producido la música alemana, y el talento de los actores, pero la consolaba la esperanza de que el galante capitan volveria pronto con las naranjas.

El palco mas bullicioso, sin disputa, era el de Lantures-Luces y los petimetres, porque de él salian por intervalos esclama-

ciones exageradas, con pretensiones de originalidad, epigramas chistosos unos, y extravagantes los mas, y en fin, apuestas de todos géneros. El vizconde apenas alternaba en la conversacion, porque le aquejaban dos cuidados importantes: la conquista de la Briotta, de que hacia alarde, y que lo plantaba á lo mejor, y la falta de su lente, cuya pérdida sentia entrañablemente.

Rio-Santo, que habia pasado al palco de lady Campbell, donde tenia su asiento, habia vuelto de visita al de la condesa, y apoyado en el respaldo de su sillón, dirigia su anteojo con indiferencia á todos los puntos del teatro.

— ¡No, no me equivoco! dijo de pronto con tono alegre, y como de sorpresa; allí está la princesa de Longueville.

— ¿Dónde? preguntó la condesa.

— Allí enfrente, señora, al lado de miss... digo, al lado de lady Campbell... Voy, con permiso vuestro, á ofrecerle mis respetos, porque la he tratado mucho en Paris.

— ¡Qué hermosa es! exclamó involuntariamente Ophelia.

— Pasaba, en efecto, por la muger mas hermosa del barrio de san German, que es en el que se encuentran las mugeres mas lindas, respondió Rio-Santo saludándola para marcharse.

La condesa lo siguió con la vista un instante, y dirigió en seguida sus miradas á Susana, que estaba á la verdad encantadora. Llevaba un vestido de terciopelo azul turquí, cuyo matiz se conocia únicamente por los reflejos que proyectaban las arrugas de los pliegues. Este color mate y oscuro hacia resaltar mas la viva encarnacion de sus espaldas, y aparecer como en relieve los delicados contornos de su garganta, la cual adornaba un magnífico broche de brillantes, del que se desprendian de vez en cuando blancas y rápidas luces. Peinado su hermoso pelo negro por las hábiles manos de esperta camarera, formaba mil graciosos rizos, que parecian abrumados por el peso de su voluptuosa abundancia; y ya entre ellos, ya entre cuatro trenzas enroscadas sobre su peineta de oro,

aparecia colocado como al descuido un diamante, cuyo brillo se asemejaba al de un gusano de luz en una oscura noche de otoño.

Por otra parte, tambien habia desaparecido de su semblante aquella idea de muerte por desesperacion ó por apatía, sin dejar la menor huella que la recordára, y la bella jóven estaba llena de animacion y de vida. Al rededor de su frente de reina habia una especie de aureola de vaga é íntima alegría, y abrasaban las miradas que salian de debajo de sus cejas arqueadas, y suaves como la seda: y en su postura y maneras, no solo mostraba aquella gracia inmóvil, que suele buscar y hallar un escultor, sino una verdadera y completa animacion. Galatea se estremeció y sintió, pero fue antes de que Pigmalion la besára. La esperanza sola habia bastado para que apareciera la sonrisa en su boca, y solo la esperanza bastó tambien para que se inflamára su vista con el fuego de su alma.

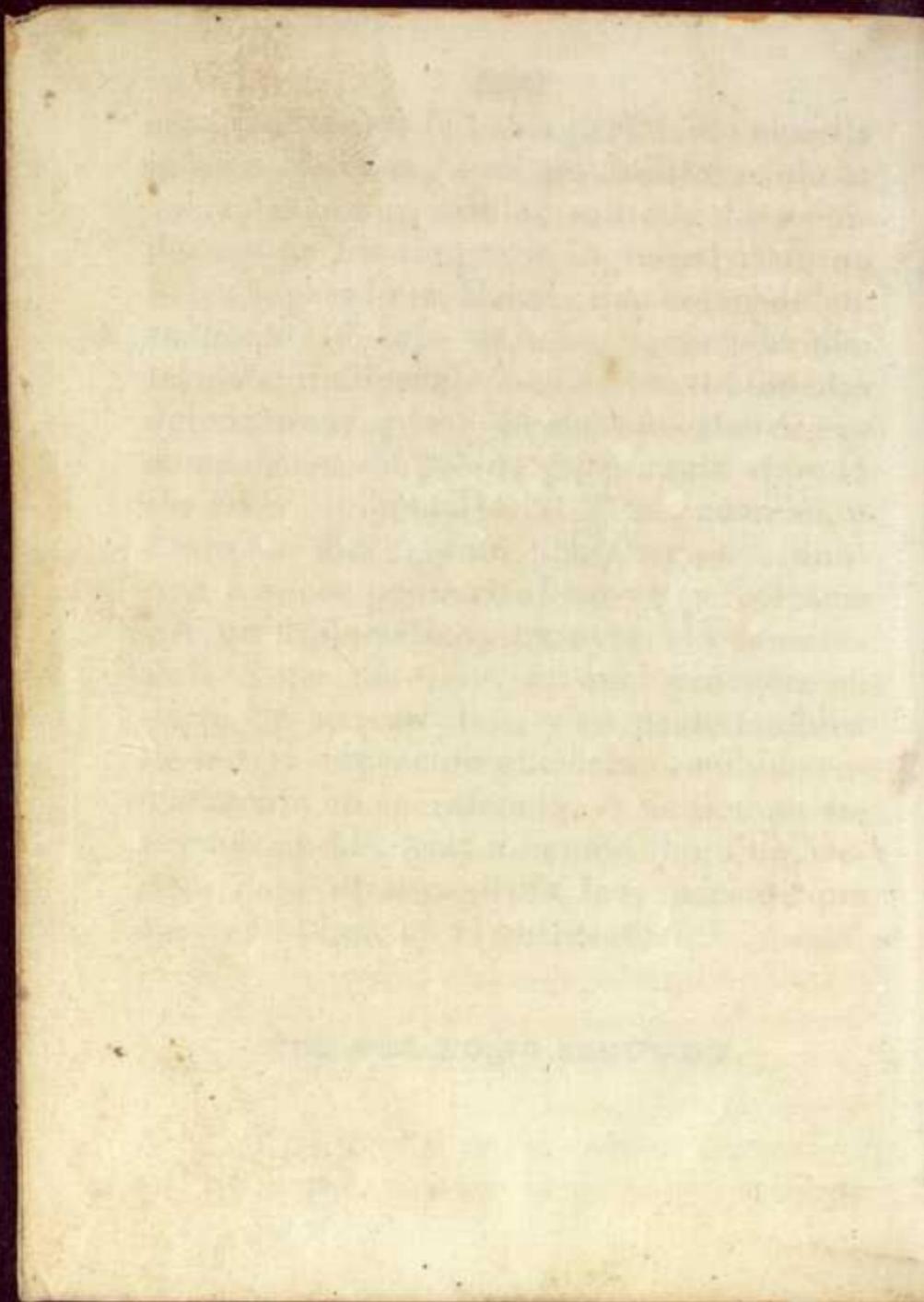
Susana esperaba en efecto. ¡Y cuán dulce y seductor le parecia el lujo! ¡Qué

suaves encantos le habia producido aquella música alemana, que se desliza ruidosa, vacía, incomprensible, sobre la dura epidermis de los tímpanos ingleses! Aun no habia reparado en Brian, que colocado casualmente debajo de ella, escuchaba distraido é indiferente las insulsas bufonadas del vizconde, y las ridículas apuestas de sus compañeros de palco; pero creia que lo iba á ver, y hablarle.... Mas ¿cuándo, y cómo?... En esto no pensaba; pues aunque á veces podia rivalizar en perspicacia con un diplomático, en otras era tan crédula como un niño, lo cual procedia en parte de su carácter, y en parte tambien de la rara educacion que habia recibido casualmente en su infancia. A su tiempo sabremos su historia; así como ahora dejaremos para otro capítulo los sucesos que tuvieron lugar en el entreaeto.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.











Univers
Bibl

4

MISTUR

DE

LOMBE

Universidad de Valencia

Biblioteca General

4